La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 9 de noviembre de 1891 — Núm. 515

ADVERTENCIA. – El deseo de repartir cuanto antes á nuestros suscriptores «La guerra franco-alemana de 1870 71,» del general Moltke, ha sido causa de que suspendiéramos la entrega del tomo de la *Biblioteca Universal* que correspondía al presente número. Con el próximo ó á más tardar con el 517 recibirán nuestros suscriptores la citada obra de Moltke, siendo esta edición la primera que se habrá publicado ilustrada profusamente.



EL BRINDIS, copia de una fotografía de D. Rafael Areñas

SUMARIO

EXPOSICIONES DE BELLAS ARTES

(CAPÍTULO DE UN LIBRO)

«Il est toujours dificile de definir la valeur d' une exposition d' art aprés une premiere visite;» – «tout se confond dans l' esprit »

Albert Wolff
Salón de 1891.

¿Es acaso fácil cosa poder apreciar su valor, su grado de progreso ó de retroceso después de varias y detenidas visitas? ¿Pueden fácilmente la imaginación, el temperamento, el modo de sentir las vibraciones de la impresión atrincherarse en los reductos del frío examen, y desprendiéndose de preocupaciones, bellezas ó defectos, vicios ó estilos de escuela... puédese fácilmente ver lo bueno, fijando una segura mirada sobre lo superior y excelente?

En esas salas inmensas abiertas de continuo y hasta con simultaneidad, atestadas de obras de arte correcto ó extraviado, en incoherente y abigarrada mezcolanza, la cabeza se pierde y se aturde, la retina se impregna de colores chillones, lo tranquilo y justo parece incoloro, la línea firme parece seca, el contraste semeja duro... El pecho se oprime, se busca sin saberse lo qué y se cae como desvanecido sobre el primer diván que se encuentra á mano.

Después de algunas veces de semejante sufrimiento, que sólo comprende el artista, al saber respirar en aquella atmósfera, y apartando la vista de lo que no merezca mirarse y desconfiando siempre de las impresiones del momento, entonces puede empezarse el examen y el estudio.

Por punto general, casi está por demás decirlo, puede partirse de una base bastante exacta y aplicable á todas las Exposiciones de Bellas Artes cuyos resultados los Jurados más rígidos difícilmente podrán evitar. Una tercera parte de las obras admitidas son siempre rematadamente malas y de todo punto inadmisibles: otra tercera parte simplemente tolerables, equivalente á dar lo mismo expuestas ó retiradas; y otra tercera parte dentro del orden de lo bueno, de lo más correcto ó menos defectuoso. Porque en Arte, en las Exposiciones no se ha de apreciar lo relativo, no ha de entrar por nada la conmiseración, y mucho menos otras cosas más lamentables; eso puede agitarse y revolverse en otras esferas, nunca en tales certámenes, á menos de desvirtuarlos y conducir á un efecto contraproducente. En Arte no existe el término medio; se ha de inclinar á uno ó á otro de los dos extremos, ó bueno ó malo; lo que del uno se separa se ha de acercar al otro; y en tanto es así, que en todos tiempos y hasta por los mismos maestros se han producido obras más ó menos superiores. Tenemos, pues, que en toda Exposición de Bellas Artes puede reducirse á una sola tercera parte el número de las obras dignas de figurar en ella; y si dentro de ese reducido número se ofrece otra tercera parte de mérito indiscutible y un corto número de obras notoriamente excelentes, la Exposición puede considerarse como de notable resultado.

Se incurre en un grave error creyendo que lo malo hace valer lo bueno; esto siempre vale por sí, no le son necesarias las comparaciones: lo malo siempre es malo, junto á lo bueno resulta peor y le perjudica como las malas compañías.

***

La concurrencia de firmas acreditadas puede dar realce al concurso: el público ligero lo toma como base para el aprecio: es innegable que se lo dan si las obras corresponden á las firmas; pero si sólo hay las firmas en las obras, el realce puede dejar algo que desear.

No sin fundado temor y justificados reparos algunos artistas de valía evadieron la exhibición de sus obras en las Exposiciones; y otros, alcanzados los primeros premios y logrado el crédito de su firma, permanecen retirados, prefiriendo que se busquen sus obras en sus estudios. No conviene entrar en esa cuestión que reviste el carácter de interés particular, por más que pueda afectar al general: ellos se sabrán bien el porqué de su conducta, que debe respetarse.

***

Aparte de todo eso y de cuanto más en el tintero se queda, ¿son convenientes las Exposiciones de Bellas Artes?, ó dicho de otro modo: ¿se puede por ellas, y á pesar de los defectos y deficiencias de que adolecen, conocer ó calcular con aproximada exactitud el verdadero estado del Arte?, y si se quiere con mayor claridad: ¿es hoy tal medio, propio de nuestro tiempo, el único posible, el más seguro y menos expuesto á equivocación para conocerlo? Claro es que entre los muchos que acometen esa lucha titánica y entran en el palenque, unos con los bríos necesarios y otros á tentar fortuna, sin faltar quien confíe más que en sus fuerzas propias en el valimiento de las ajenas, entre ese número puede haber, y ciertamente los hay, de un gran valor intrínseco, y cuyas obras son indiscutiblemente merecedoras de premio, de recompensa y de justísimo elogio; porque no se empieza jamás con la aureola del triunfo y con nombre acreditado, que en Arte no se vinculan herencias. Por esto, negar la conveniencia, la necesidad de las Exposiciones equivaldría á ponerse en contradicción con el mundo del Arte, con la corriente social; pues su fuerza no debe contrarrestarse, sino encauzarse; que riegue y fertilice, que no inunde y arrastre.

Afirmar que tal como se procede sea en bien del Arte, atreveríame á decir que puede ser en su perjuicio. En esa especie de deficiencia, en esa falta que se siente, jurados, expositores, críticos y público... todos «pusimos en ello nuestras manos;» y somos, quieras ó no quieras, como los que clamaban contra la adúltera, ninguno libre de pecado pudo tirar la primera piedra contra ella.

Un amigo mío, conspicuo historiador y publicista, me decía que «los Museos le parecían los cementerios del Arte,» y me inclino á creer que tiene razón. Pero hay que convenir también en que los sucesos son hijos de los tiempos, y que por complicadas causas las Exposiciones han llegado á convertirse en pugilatos artísticos.

Esta es la fuente del más lamentable de los errores y el error de peores y más trascendentales consecuencias. Hoy el artista no expone lo bueno que ha producido, sino que produce para exponer; y como sabe, por triste experiencia, salvas rarísimas y laudables excepciones, que para llamar la atención ha de impresionar, como ignora á qué luz y altura se colocará su obra, y sin espacio de marco á marco con qué clase de vecino habrá de codearse... todos aprietan cuanto pueden en color y contrastes, falsos y duros, con tal que brillen, por temor á ser obscurecidos y apagados... como en medio de una gran reunión en la que todos gritan, necesariamente ha de chillar fuerte quien quiera que se le oiga.

Hallar lo justo, como se dice en lenguaje artístico, lo tranquilo, lo acordado, lo natural revestido con el idealismo del Arte, verlo bien y apreciarlo mejor, eso es lo raro, lo extraño y lo sorprendente. Por lo demás, no debe espantarnos todo lo monstruoso de nuestra obra.

***

Si los artistas incurren en la inconveniencia del desquiciamiento separándose de las verdaderas condiciones del Arte, aunque no debieran así hacerlo, se comprende que les obliga á ello el extravío que casi predomina en tales certámenes, porque todas las cosas son por su causa y razón de ser. Y si á eso se añade la conducta casi constante de los jurados... (¡Dios me libre de serlo!) sea cual fuere el modo de formarse dichos tribunales, por más que animados de los mejores deseos y propósitos, como al fin no pueden dejar de ser hombres y, como tales, sujetos á todas las impresionabilidades, pasiones, encariñamientos, y miserias y debilidades y pequeñeces (que aquí encaja bien el vocablo de moda) y cuanto más puede caber en la fragilidad humana... la cuestión resulta doblemente complicada y el acierto mucho más difícil.

***

Se ha de convenir en un punto fundamental, y en esta base es en la que no se quiere ó no se puede fácilmente convenir, y de ahí resulta la dificultad en las apreciaciones y el error en los fallos; se ha de estar acordes, no sólo en las condiciones de la bondad del Arte, sino en sus efectos trascendentales; no en una bondad circunscrita y limitada, sino en una esfera muy amplia, lo que cabe y puede caber dentro de lo Bello, lo que ha sido y lo conveniente que sea: se ha de saber prescindir de los extravíos, de las exigencias y de todo cuanto pueda inducir á falsas apreciaciones y á desvirtuar su acción social; lejos de eso, se ha de procurar esforzarse en que por su condición de imperecedera vitalidad cautive y se apodere del sentimiento de la humanidad hacia lo bello, lo verdadero y lo bueno. Esa es la noble, libre y elevada misión de las Bellas Artes.

Lo que dificulta en la apreciación práctica de esas cualidades es la especie de misterio de poder ser á la vez bueno y distinto, bello y diferente y siempre variado de la unidad de su esencia; la cual no puede dejar de ser siempre la misma, sea cual fuere el individual modo de ver, de sentir, de exteriorizar; el temperamento, la enseñanza, la educación; la escuela, la época, el período; los modos, los estilos y caracteres, y hasta las negaciones y las afirmaciones, las dudas y tentativas, los descalabros y victorias... pues no puede negarse que por los medios más diversos todo puede ser útil y servible para convergir al esplendor de lo bello, si ese fin se anhela; á eso se puede llegar por todos los trazados caminos: por la corrección depurada, por la dulzura del claroscuro, por la armonía del colorido, por el esfuerzo del estudio, como por el rasgo del genio; por todas las convicciones y creencias... en unos por la idea del sentimiento místico, en otros por el idealismo ecléctico, en estos por el naturalismo hasta exagerado... siempre y cuando no se traspase la debida línea que separará siempre lo bello ideal de lo bello real, seco como la imagen obtenida por la máquina fotográfica, pasando de repente á lo falto de belleza sentida y consiguientemente al hastío que causa lo que de ella carece, y al menosprecio con que se mira lo que á cosa alguna responde ni á ningún fin corresponde. ¡Cómo no andar á tientas y con inseguro paso en tal obscuridad y en tan enmarañado laberinto!

¡Cómo dejar de extraviarse... cómo no verse arrollados por semejante vertiginoso huracán!

***

No se entienda por esto indicada una remota intención en contra de esos certámenes, sino muy al contrario; que al fin obedecen á las condiciones de nuestra época, son fruto del tiempo presente, y como en este orden de cosas lo que da de sí no se discute, por esto, siendo una forma de manifestación artística, deben ser consideradas esas Exposiciones, no sólo necesarias, sino como los medios casi posibles hoy, para que el genio, el estudio y la educación artística de expositores y público se complete y se perfeccione, y sean el fundamento, el punto sólido para que las Bellas Artes en este período de febril producción sigan un bien trazado derrotero que pueda conducirlas al seguro y deseado puerto. Pero... no es menos cierto que para llegar á él sin peligro de naufragio deben marcarse bien los escollos.

***

Aparte contadas excepciones, prosiguiendo todos de consuno del modo como se procede, ¿adónde se llegará?, ¿en dónde nos encontramos ya tal vez?

No podemos ser jueces en causa propia: los tiempos se juzgan por los sucesivos: no sabremos el juicio que de nosotros formulen las épocas venideras. Sólo sí sabemos que cada período de la historia del Arte se ha sellado con su timbre especial y que todo correspondió á sus necesidades ofreciendo un conjunto armónico; que esa es la más fiel y poderosa fuerza de las Bellas Artes, la de reflejar su tiempo, sus creencias, su civilización y su cultura.

¿Se ve, se descubre, existe en nuestra manifestación artística el reflejo exacto de nuestra condición social?

¿Tiene el Arte indeleblemente impresa la marca de nuestro tiempo?

¡Yo diría que parece como que nos avergoncemos de dársela! Yo diría que quizá en una sola de sus manifestaciones, en la arquitectónica, y aun desde el punto de vista de la construcción utilitaria, y debido esto á la aplicación de los materiales hoy abundan-



Mme. de Bonnemain, copia de la otografía encontrada sobre el cadáver del general Boulanger

tes y fácilmente elaborados; pero no podría, sin muchas salvedades, concederla á las demás y menos en absoluto. ¿Por qué existe esa duda, esa vaguedad en el arte moderno? Porque no hay firmeza, ni en las creencias, ni en la vocación, ni en el estudio; porque se persigue la idea del éxito, tomando por brillo de estrella fija el fugaz resplandor de un meteoro; no se va por la solidez al éxito, como hicieron los que lo alcanzaron, sino imitando y plagiando, y así se evapora y se pierde el individual carácter y estilo propio con el cual podría lograrse lo nuevo y lo bueno: en Arte no puede nunca prescindirse de *hacer bien* ó como *mejor se pueda*, acomodándolo á las condiciones de los tiempos y á la caracterización de las épocas; que en esto está la nobleza, la libertad y belleza del Arte, la inagotable mina de los estilos, la expresión del sentimiento siempre correcta y siempre elevando. Volver á lo que fué y dejó de ser por las mudanzas de la vida social, empeñarse en resucitar un arte... mejor dicho, un estilo, un carácter ó un gusto que estuvo en armonía con las creencias y necesidades de una época desaparecida, resultará híbrido, anacrónico, inservible. Sirva aquello enhorabuena de estudio, de ejemplo; pero sabiendo como la abeja extraer de las dulces y amargas flores la sabrosa miel, aprópiense sus buenas condiciones al lenguaje inteligible y á las necesidades actuales; que en todas y siempre puede campear lo bello, haciendo vibrar en la humanidad la delicada pureza del sentimiento... ¡no se le ahogue en pútrido y repugnante lodo!

***

Las preocupaciones del tradicionalismo de escuela pueden causar tan grave daño como los empujes desenfrenados de los impresionistas innovadores. Siguiendo inconscientemente lo que deslumbra como el relucir del oropel, se llega pronto al tedio y se experimenta cansancio de aquello falto de condiciones sólidas y se anhela una cosa nueva, sin saber qué cosa sea... y de uno en otro desvarío no se atina con lo que por completo satisfaga, respondiendo á lo que debe responderse; y por esto se siente su falta, y por eso se siente lograrlo, y por ello la sociedad lo exige y los artistas mismos se esfuerzan en satisfacerlo.

Empeñarse en que las cosas no sean como son, es utópico y de todo punto imposible.

Esas verdades, no se negará, se agitan en lo más recóndito de la conciencia de los artistas y de los conocedores inteligentes; las siente también, aunque más confusamente, el público, que forma el mundo del Arte. Ninguno sabrá positivamente lo que exige; pero todos secretamente exclaman: «¡No es eso!»

Hay necesidad de *ponerle cascabel al gato*.

¿Quién y cómo se lo pondrá?

***

Por fortuna el sentimiento de lo bello reside en el sentimiento de la humanidad, y su poder es tan grande en este orden de creación, que al expresarlo y exteriorizarlo comunicándolo á sus semejantes les arrebata y subyuga.

El arte de lo bello podrá sufrir modificaciones de forma, nunca de esencia; podrá tener, como ha tenido, sus períodos de apogeo y perigeo; podrá llegar á un lamentable grado de decadencia, pero nunca perderá el verdadero arte su intrínseca condición; no puede dejar de ser; en sus extravíos será lo que se quiera, pero no arte de lo bello; y siempre que aparezca, aun cuando con perfección relativa, como reflejo de lo bello absoluto, brillando con todo su esplendor, se le admirará, se comprenderá y llenará por completo el vacío que se desea y se anhela ver llenado.

Esto supuesto, de exactitud fundamental, no podrá considerarse como idea aventurada la indicación siguiente: que el sentimiento mismo de la humanidad, por medio de la manifestación del arte de lo bello, puede muy bien ser quien acuda al remedio y salve del peligro.

JUAN O-NEILLE

LA VIDA PARISIENSE

LA LLEGADA DEL INVIERNO Y LA CARIDAD

DIVERSOS SISTEMAS DE DISTRIBUCIÓN DE SOCORROS

París en estos momentos cambia de fisonomía; la gran capital se transforma y se nos aparece bajo un aspecto muy distinto al que ofrecía estos meses últimos. En los paseos, en las avenidas, en los jardines, la espesa cortina de follaje se descorre desgarrada por el viento de otoño. Las hojas secas son barridas por las frías ráfagas de octubre. Mientras el sol nos



La tumba de Mme. de Bonnemain, donde se suicidó el general Boulanger

deja y se obscurece el cielo, recupera la gran ciudad su movimiento y su vida, paralizados durante las vacaciones veraniegas, y entramos en un período de animación. En octubre París vuelve á ser París. Su torbellino vertiginoso nos arrastra sin que de ello nos demos cuenta. Esta es la época de los grandes placeres, de las brillantes *soirées*, de los más ruidosos estrenos escénicos y de las más notables solemnidades artísticas; pero también llegan los días de las tristes miserias y de los sufrimientos crueles para esa enorme masa de indigentes y de desvalidos que estas ciudades inmensas ocultan en su seno.

Como de algún tiempo acá los inviernos son tan rudos, la preocupación dominante es si el que se avecina traerá consigo los rigores de los inviernos precedentes. El último fué horrible, y la prensa parisiense da la voz de alarma ante la proximidad del que se acerca, pidiendo á los poderes públicos y á los privilegiados de la fortuna que adopten medidas preventivas para que el terrible azote del frío y de la miseria que siempre al frío acompaña no nos coja desprevenidos y para que se haga frente al mal desde los primeros instantes.

Para combatirlo surgen por todos lados humanitarias ideas. Proponen unos la creación de una especie de presupuesto que podría llamarse *presupuesto del invierno*. Un consejero municipal ha presentado el proyecto de la fundación de una caja especial destinada á socorrer á los obreros sin trabajo. Los proyectos análogos abundan, sin que ninguno haya tomado formas de realidad.

Existe, ciertamente, una administración de socorros á los pobres, con carácter oficial, denominada *Dirección de la asistencia pública*. Para que dicha dirección pueda prestar algún auxilio á un menesteroso es indispensable que éste se haya hecho inscribir en las listas de la asistencia pública como pobre *oficial*. El sistema de distribución de socorros es por tanto bastante defectuoso. Suponed que en un barrio cualquiera hay diez mil familias pobres en las que el hambre, la miseria y el frío hacen sus estragos. De las diez mil familias puede ser que no llegue á quinientas el número de las que *oficialmente* se hallan inscritas en las listas de la asistencia pública. Los que se inscriben suelen ser, por lo general, los eternos desesperados, aquellos cuya situación es terrible siempre, lo mismo en invierno que en verano, lo mismo en primavera que en otoño, y que no vislumbran más salvación que la de la caridad. Ninguna clase de pobres puede haber, en efecto, más digna de interés que ésta. Pero debemos observar que, por consecuencia de la inscripción, todos cuantos donativos se reciben para obras de caridad y todos los fondos que el Estado y las corporaciones dedican á ese fin son siempre repartidos entre las familias que acudieron previamente á inscribirse. Hay, sin embargo, entre las nueve mil quinientas familias restantes muchas que debieran participar de esos auxilios, familias de trabajadores sin jornal, familias de empleados de cortísimo sueldo, para quienes la vida es siempre estrecha y difícil, familias que, por reveses de fortuna, caen ya en la indigencia, ya en la miseria más honda. Es incalculable el número de gentes, aun sin contar aquellas á quienes la vergüenza les impide inscribirse en las listas de la caridad, que no hacen la declaración de pobreza porque aguardan que el trabajo las salve, ó que un pariente ó un amigo ó un bienhechor privado las saque adelante en su tremenda crisis. En muchas ocasiones el que más pide no es el que más necesita, y en vano se estudian un día y otro todos los sistemas posibles de distribución de socorros á los desgraciados.

Los asilos nocturnos constituyen un sistema que ha prestado muy buenos servicios, á falta de algo más completo. Dichos asilos en París son insuficientes; resultan demasiado pequeños para recoger á to-

das las víctimas de los días crueles. También son innumerables los desdichados que tienen horror á esos refugios y que sólo á ellos acuden en último extremo, pues les repugnan las formalidades que para ser admitidos se necesitan. Un sistema que hasta ahora va produciendo resultados excelentes es el de los bonos de pan y de carne que son repartidos por distintas sociedades benéficas. Inspirándose en él, el sindicato de fondistas de París acaba de hacer una proposición que va á ser sometida por la Prefectura del Sena y por el Consejo municipal á detenido examen. Así como se distribuyen bonos de carne y de pan, el sindicato propone la distribución de bonos de hospedaje. Estos bonos serán de cincuenta céntimos por día y por persona, de ochenta céntimos por dos personas y de un franco por una familia. Repartiríanse en las alcaldías de distrito ó en las comisarías de barrio. Podría haber bonos, no sólo para un día de hospedaje, sino, según los casos, para una semana ó para un mes. El número de hoteles y de casas amuebladas de París que representa el sindicato es de diez mil. Casi todos ellos, especialmente en los barrios excéntricos, aceptan ese sistema de hospitalización.

Un periódico pide que se instituya un ministerio de la caridad, cuya principal misión consistiría en adelantarse siempre á las catástrofes previstas para conjurarlas de antemano y no estar como hasta aquí esperando cinco ó seis semanas, después que los pobres han empezado á morirse de frío y de hambre, para encender hogueras, abrir asilos y repartir alimentos. Dicho ministerio estudiaría la manera de concluir con la mendicidad, suprimir los falsos pobres y socorrer eficazmente todos los infortunios.

¡Ay! A las noches todavía claras y tibias sucederán muy pronto las frías y negras noches invernales. La vida va á ser dura para los que están sin casa ni abrigo. Sólo se puede vivir de ese modo cuando la temperatura es suave y el firmamento aparece sembrado de estrellas. ¡Cuántos de esos infelices, echados sobre un banco del bulevar, con el brazo por almohada, duermen mejor que los que pasan la noche dentro de suntuosos palacios sobre mullidas plumas! Mas en invierno esa existencia no es posible. ¡Cuántas bajas hizo el invierno último en el formidable ejército de la miseria!

Parece cosa probada que la recrudescencia del frío, de algún tiempo á esta parte, se debe al influjo que otros planetas ejercen sobre el nuestro. Hay astrónomos y astrólogos, de esos que se complacen en augurar males y desdichas, que empiezan á anunciarnos la posibilidad de que la tierra se hiele. La fatídica profecía no debe cumplirse hasta dentro de unos cuantos siglos. Lo que por ahora nos interesa más es la predicción de que los inviernos serán más fríos cada año. Iremos, por lo visto, acercándonos lenta y gradualmente á la catástrofe definitiva.

Sin admitir como artículo de fe tan siniestro augurio, París, la ciudad que ríe y se divierte y que muchos califican de vana y superficial, es quizás la que más se ocupa en el mundo de enjugar lágrimas y mitigar desventuras, la que más piensa hoy en poner á cubierto á sus pobres del azote fatal que los amenaza.

ERNESTO GARCÍA LADEVESE

LA LOTERÍA

I

Tengo yo dos amigos que respecto á lotería son dos polos opuestos, dos antinomias, dos antípodas: el Arimanes y Omazor de la lotería; y por supuesto, todo sin razón de ser, como sucede con frecuencia en la humanidad. Parece que han venido al mundo para desmentir el conocido axioma del justo medio, que aplicado á la lotería dice que el que nada juega es un tonto y el que juega mucho un loco. Joaquín, jugador encarnizado de toda clase de juegos de azar, que ha pasado y pasa su vida acechando los azares de la suerte, experimentando por causa de ésta peripecias indecibles; Joaquín, que ha llegado á tener cuatro millones ganados y ahora tiene más de cuatro millones perdidos, supuesto que está plagado de deudas; Joaquín, que sólo puede vivir balanceado por los vaivenes de la fortuna, se pone furioso cuando oye hablar de lotería y apenas puede tratar á los que contribuyen á esta fascinadora contribución del Estado, con la particularidad de que á Joaquín en siete únicas veces que ha jugado á la timba nacional le han *caído* tres premios, y por irradiación por añadidura. En cambio, ¡qué contraste!, Manuel, mi otro amigo, que jamás ha puesto ni un duro á una carta é ignora lo que es color y contracolor, que tiene una fortunita sólida, juiciosamente adquirida con su talento y laboriosidad, es encarnizado jugador de lotería, á pesar de no haberle tocado más que un reintegro en treinta años. En honor de la verdad, esta perseverancia no es hija de la fe, sino que obedece á otro móvil quizá. Si un huésped enreda el deber dos meses á su patrona, ya tiene hospedaje para toda la vida, pues aquélla, con la esperanza de cobrar, no se resuelve á *deshacerse* de él. Por parecida causa tal vez, mi amigo Manolo no se resigna á perder la esperanza de resarcirse del capital empleado en la lotería, y aunque escamado, arremete á ella, bien así (y perdóneseme el símil) como algunos toros en plaza, que embisten con todo á fuerza de estar huídos.

En otra ocasión acaso me ocuparé de las razones en que Manuel funda su obstinado optimismo en lo que atañe á lotería; ahora voy á referir una historia ó verídico sucedido que suele contar mi amigo Joaquín para probar que es un idiotismo jugar á la lotería, puesto que no se necesita de este requisito para que *caiga* al que está predestinado á ella.

II

Hace cuarenta años proximamente había en Cádiz, en la plaza de Las Barquillas de Lope, una tienda en cuya muestra se leía el siguiente rótulo:

Librería de Basilio Mochales

lo cual era una notoria exageración, atenuada un tanto con este segundo letrero:

Compra y venta de libros de lance
y colecciones de romances antiguos y modernos

En efecto, aquel chiribitil reducido y bajo de techo, en el que sólo había un par de estantes no enteramente llenos de volúmenes primitivos y apergaminados, no merecía el nombre de librería aun cuando fuese de baratillo. En la parte exterior de la tienda colgaban de la pared, enganchados en largos alfileres de carpintero, unas dos docenas de romances, trovas y cantares de los de más boga, cuyos amarillentos papelotes se tambaleaban en perpetua alferecía á impulsos del viento del próximo mar. El comercio de libros del Sr. Basilio Mochales no prosperaba y hubiera tronado á no haber ido sosteniéndole la venta de los susodichos romances y otros impresos ligeros, especialmente el relato poético de *La fiera malvada* y el de *La chinche monstruosa*, calificada así porque devoró á una patrona de huéspedes. Los libreros, pues, porque eran dos, puesto que el Sr. Basilio estaba casado con la señora Jesusa, mujer fenomenal por lo que diré inmediatamente, vivían con poca holgura, pero iban tirando y criando á un nene de cinco años de edad llamado Juanito, habido cuando ya no esperaban tener sucesión. He dicho que la librera era fenomenal, porque siendo mujer de muchas libras de peso y dando las carnes color y frescura, ella estaba amarilla y apergaminada como los libros que había en los estantes, y con todo y con eso apenas cabía en la exigua tienda del baratillo, en donde se revolvía con dificultad, bien así como una perdiz muy grande en una jaula muy chica. Afortunadamente su cónyuge el Sr. Basilio era diminuto y chupado; y váyase la una por el otro.

Los libreros eran buenos cristianos y observaban el precepto del descanso dominical. Los días festivos cerraban á las diez de la mañana el chiribitil, y por la tarde, si el tiempo no lo impedía, se daban un largo paseo, bien por el puerto, por la caleta, por la alameda ó por algún descampado en donde solían remontar el barrilete (cometa) de su vástago Juanito.

Sucedió, pues, que la tarde de un domingo .. y aquí empieza lo milagroso, el matrimonio Mochales con su niño salieron á dar el acostumbrado paseo, pero determinaron no prolongarle hasta la hora de costumbre, temerosos de un nubarrón que se cernía hacia la zona del Sur y de un viento huracanado que se levantó de repente.

Así está constituído el universo: todo está en él concatenado: á veces los elementos más molestos y perjudiciales influyen favorablemente en la suerte de generaciones enteras.

Sugiéreme este pensamiento, que no es nuevo ni mucho menos, la casualidad de haber desembocado la familia del librero en la plaza de Las Barquillas de Lope, de regreso á su casa, en el preciso momento en que atravesaba por aquélla un ciego nombrado *Tanasio* vendiendo billetes de lotería. Era este expendedor de la fortuna conocido de todo Cádiz. Guapo, joven todavía, viudo y padre de una niña de ocho años de edad, había ejercido en Sevilla el oficio de albañil, y allí quedóse ciego á consecuencia de enjalbegar constantemente fachadas blancas, y volvió en tal estado á Cádiz, su ciudad natal, en donde se dedicó á la industria de la lotería, contando con las simpatías de sus paisanos. El ciego Atanasio, ó *Tanasio*, como le llamaban para ahorrarse una letra, al ejercer su industria de vendedor hacíase acompañar á veces por su hija Rafaela, más bien por gusto ó por distracción que por necesidad; pues el ciego andaba tan desahogadamente por todo Cádiz (que no tiene mucho que andar) *como Pedro por su casa*. La tarde á que me refiero iba solo, llevando en la mano derecha el clásico palo de ciego y en la izquierda un manojo de décimos de lotería que pregonaba con los incitantes aditamentos de costumbre. Pero en aquel entonces se desgañitaba en vano, pues como día festivo, la poco poblada plaza de Las Barquillas de Lope estaba desierta, hasta que, como ya se ha dicho, desembocó en ella el librero Mochales con su familia. Este y el ciego venían por distinto lado, por la fachada en donde estaba situada la librería-chiribitil, y al llegar *Tanasio* frente á la puerta de éste, aconteció el caso que motiva esta narración. Sucedió, pues, que una violenta ráfaga de aire llevóse de entre los dedos del ciego, sin que éste lo sintiera, uno de los décimos de lotería. El papelito se cernió graciosamente en el aire, cayó al suelo, describió un semicírculo como una hoja de otoño arremolinada y luego entróse rápidamente por debajo de la puerta de la librería, que estaba cerrada, pero cuyos tableros no llegaban al umbral. Los esposos Mochales, que se aproximaban á su casa, vieron todo esto, observaron que el décimo se entraba por la rendija de su puerta como un ratón en su agujero, y la señora Jesusa, impulsada de un movimiento inconsciente, iba á advertir á *Tanasio*, pero su marido la contuvo dándole un codazo. ¡Quién sabe lo que pasaría entonces en el ánimo del librero! Era honrado, pero era español, y sabido es que á la mayor parte de los españoles se les va el santo al cielo en materia de lotería. Si el Sr. Basilio se hubiese encontrado un billete de banco quizá le devolvería á su dueño, sabiendo quién era éste, ¡pero un billete de lotería! ¿No podía ser aquello providencial?

Lo cierto es que los esposos libreros dejaron alejarse al ciego sin decirle nada, entraron en su casa, recogieron del suelo el descarriado décimo y le examinaron con emoción. Un movimiento interior revelaba al Sr. Basilio la importancia de aquel papelito. Número 14.879, premio mayor 80.000 pesetas; era de los más reducidos, pero al que le tocara siquiera un décimo podía darse una vueltecita.

He dicho que el librero era honrado y buen cristiano y temeroso de Dios. Por lo tanto, en medio del devaneo de aquella suerte probable sentía escarabajeos de conciencia. En primer lugar se apropiaba una cosa que no era suya y que podía valer mucho, y además exponía al pobre ciego á un conflicto al dar cuenta de su venta en la administración de loterías. Fluctuaba, pues, entre mil ideas opuestas: pensaba en devolver el décimo á *Tanasio*, en abonarle las tres pesetas que valía aquél; pero reflexionó que esto sería destruir el encantamiento de la fortuna que parecía entrársele por su casa de un modo providencial.

Por fin, para tranquilizar su conciencia se hizo un voto á sí propio, y fué el de dar á *Tanasio* la sexta parte del premio que le tocara en suerte. Así como así el ciego y la niña le eran muy simpáticos, y muchas veces cuando éstos se sentaban á descansar en unos guardacantones bajos que había cerca de la librería trababa conversación con ellos.

III

A los pocos días verificóse la extracción de la lotería y el número 14.879 fué premiado con el *gordo*.

Cuando lo supo el Sr. Basilio estuvo aturdido durante algunas horas y sin saber lo que se hacía; tanto que al pedirle un comprador el romance de *Palmerín de Ingalaterra*, le alargó el de *Sebastiana del Castillo*.

¡Sí, para romances estaba él!

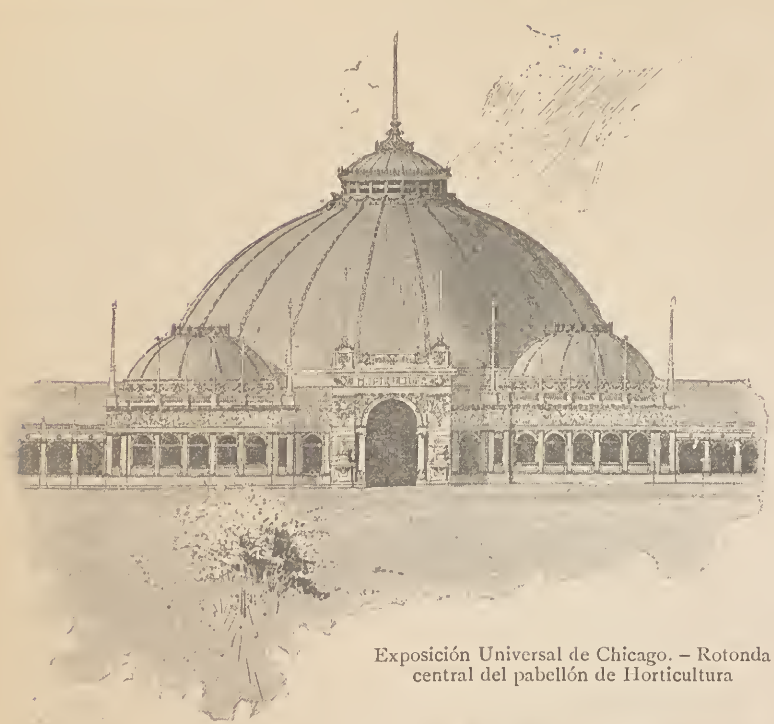
En cuanto á la señora Jesusa no sabía más que exclamar: «¡Jesús, Jesús, Jesús!»

Ya más repuestos de su emoción, ambos cónyuges reflexionaron, y he aquí el resultado:

El bueno del librero, por no excitar sospechas, no había hablado á nadie, ni mucho menos á *Tanasio*, á quien con frecuencia veía, de la pérdida y del encuentro del décimo premiado; pero receló que por el hilo se sacara el ovillo, y que como en las poblaciones de provincia todo se sabe, se supiera que á él habíale tocado el premio mayor en el décimo perdido por el ciego. Creyó, pues, lo más conveniente poner tierra por medio para evitar explicaciones. Hizo apresuradamente las maletas ayudado de su esposa hora y media antes de salir el tren de Sevilla, cobró



LOS PRIMEROS FRIOS, dibujo de Davidson Knowles


Exposición Universal de Chicago. – Rotonda central del pabellón de Horticultura

las ocho mil pesetas que al décimo correspondían, hizo llevar á la estación los baulitos, cerró la librería, entregó la llave á un vecino zapatero, diciéndole que por carta le indicaría lo que tenía que hacer, é instalándose en un coche de segunda con su cónyuge y el chiquitín, alejóse de Cádiz casi tan conmovido como un cajero que se alza con los fondos de la caja.

Parecíale que todo el mundo se fijaba en él. De vez en cuando se palpaba el bolsillo izquierdo del levisá, en donde en una cartera nuevecita llevaba las ocho mil pesetas en billetes de Banco.

No hablaba más que monosílabos y pensaba mucho. Empezaba á sentir las preocupaciones de los capitalistas. Estaba algo inquieto con su nuevo estado porque temía los problemas del porvenir. Había pensado establecer en Sevilla una librería tan decente como su peculio le permitiera, pero... ¿cómo le iría? Aun recurriendo á la venta de romances recelaba, porque sabía que los sevillanos no son romanceros. Pensaba en otro extremo que le azoraba un tanto: había hecho una promesa de conciencia, la cual era la de dar al ciego *Tanasio* la sexta parte de lo que le tocara en la lotería, y ahora tenía conatos de creer que se había comprometido con alguna ligereza. ¡Desmembrar cinco mil y pico de reales de un premio que no era una gran cosa!; y luego, ¿qué había hecho el ciego para encontrarse de *bobilis, bobilis* con semejante fortuna, pues éralo en efecto para un menesteroso que reunía trabajosamente dos ó tres reales diarios? ¿Por ventura habíale *Tanasio* regalado ni siquiera fiado el décimo? Con unos cien duros á lo más estaba bien recompensado el expendedor de billetes. Respecto á este particular se libraba dura batalla en el ánimo del Sr. Basilio entre su temerosa conciencia y su interés. Pero en honor á la verdad, venció aquélla y reiteró la promesa que había hecho. Daría al ciego lo prometido, junto ó por plazos, según conviniera mejor, y ya buscaría el medio de hacerlo sin excitar sospechas. Era forzozo: la Providencia no podía tolerar dos faltas simultáneas, como eran: apropiarse un dinero que no le correspondía y faltar á lo que había prometido.

¡Y luego sostienen los librepensadores que no sirve de nada el freno religioso!

Me consta positivamente que el librero hizo su viaje agitado por los antedichos pensamientos; mas respecto á la señora Jesusa sólo puedo decir que en la primera estación compró á un vendedor ambulante un capacho de bocas de la Isla y que se le comió todo entero antes de llegar á Sevilla. Un mes después el Sr. Basilio tomó en traspaso en esta ciudad, y en su calle de Génova, una librería bastante decorosa, en donde, y sea dicho de paso, el autor de estas líneas tuvo el gusto de conocer á la insigne escritora conocida por el seudónimo de Fernán Caballero.

IV

La librería-chiribitil de la plaza de Las Barquillas de Lope habíase transformado en frutería. Nadie se acordaba ya en Cádiz del Sr. Basilio y familia, si se exceptúa Rafaelita, la hija del ciego *Tanasio*, que algunas veces al sentarse con su padre en los guardacantones de la susodicha plaza, echaba de menos á Juanito, el vástago del librero, con el cual jugaba algunos ratos. Pero un día, el zapatero á quien el señor Basilio había dejado encargado de la librería al marcharse de Cádiz precipitadamente, buscó al ciego y le dijo estas ó parecidas cosas:

– Oye, *Tanasio*, tengo un recado para ti de parte del señor Basilio.

– ¿Del Sr. Basilio el librero?

– Sí.

– Pues qué, ¿está en Cádiz?

– No, hombre, en Sevilla; por eso tengo yo el encargo de hablarte.

– ¿De parte del Sr. Basilio?

– Sí, hombre, sí.

– Pues diga usted, aunque no caigo qué podrá ser, ni qué tendrá conmigo el Sr. Basilio.

– Una cosa muy sencilla. Mi antiguo vecino está muy bien establecido en Sevilla...

– Sea enhorabuena.

– Y sigue siendo tan bonazo y caritativo como *enantes*.

– Eso sí que lo era, al menos conmigo y mi chica, y muchas veces nos daba cuzcurros de pan y torrijas, que hacía muy *superferolíticamente* la señora Jesusa.

– Pues bien: ahora se trata de darte otra cosa mejor.

– ¿*Cuála*?

– La vista.

– ¿La vista?, exclamó el ciego dando un respingo.

– Oye y no me interrumpas. El Sr. Basilio sabe, porque á ti te lo han dicho los médicos y tú se lo has dicho á él, la causa de tu ceguera.

– Es verdad.

– Pues bueno; sabrás que ha llegado á Sevilla un médico inglés que cura las cegueras más rebeldes y para quien la tuya será un juego de niños.

– No digo que no, esos extranjeros saben mucho; pero...

– Cómete ese pero, pues ya sé lo que ibas á decir. El Sr. Basilio se encarga de todo.

– ¡De todo! ¿Y de qué se encarga?

– De tu traslación á Sevilla, de tu manutención mientras dure la cura y de pagar al facultativo, si no la hace *gratis*. ¡Vaya! ¿Qué dices, te conviene? ¿Te has quedado mudo?

– ¿Que he de decir, Sr. Simón? Que Dios les pague á ustedes la caridad. ¡Recobrar la vista! Ver á las gentes, el sol, los barcos! Sería un bien tan grande que no podrá ser.

– ¿Por qué no?

– ¡Cuánto me alegraría por mi niña! ¡Pobrecita! ¡Trabajaría para ella: aún soy joven y robusto.

– Pues todo eso será. ¿Quedamos en que vas á Sevilla?

– ¿Con la chiquitina?

– Por supuesto. ¿Tienes algún preparativo de viaje que hacer?

– Poca cosa, señor. Tenemos un cofre pequeño.

– ¿Debes algo en tu casa ó en alguna parte?

– ¡Nada, á Dios gracias!

– ¿Necesitáis alguna prenda tú ó tu hija?

– No tenemos más que lo puesto, pero creo que no estamos indecentes. La chiquitina es la que anda mal de calzado.

– Toma para que se le compre, dijo el bueno del zapatero dando á *Tanasio* cinco duros. Mañana á las cuatro de la tarde avisas en la administración del ferrocarril para que te lleven el baúl. A las cuatro y media estás aquí con tu hija. De lo demás yo me encargo.

– ¡Oh, Sr. Simón! ¿Cómo agradecer á usted?...

– A mí nada: al Sr. Basilio, por cuya cuenta obro. ¡Conque al avío! Mañana aquí á las cuatro y media en punto.

V

El librero cumplió todas sus promesas.

Alojó al ciego y á su hija en una posada de las Siete Revueltas, á razón de seis reales por persona; y el médico inglés colmó esta obra caritativa devolviendo la vista á *Tanasio* en el corto espacio de dos meses.

Durante los primeros días el ciego estuvo casi loco de alegría, y no se saciaba de andar de Ceca en Meca, viendo y admirándolo todo. Cuando se hubo sosegado, como era honrado y activo pensó en ganarse la vida, y consultó con el librero (á quien ya llamaban D. Basilio) su propósito de dedicarse á su antiguo oficio de albañil, único que sabía.

– No, le dijo éste: las mismas causas producen siempre los mismos efectos, y volveríamos á las andadas, esto es, á tu ceguera. He pensado para ti en una ocupación más sosegada y lucrativa.

– ¿Ha pensado usted?... exclamó el ciego, que no acertaba á darse cuenta de los repetidos favores del librero. Pero Sr. D. Basilio, ¿qué he hecho yo para merecerle tantas atenciones?

– Ser paisano mío y honrado y bueno y trabajador. Pero vamos á lo que importa. ¿Conoces un puesto de agua que hay en la plaza del Triunfo?

– ¿El que está pegado al alcázar?

– Sí, no hay otro.


Exposición Universal de Chicago. – Pabellón de la sección de pesquerías



Exposición Universal de Chicago. – Palacio de máquinas

– ¡Vaya si le conozco! Anteanoche estuve allí con mi niña, que la gustan mucho los higos chumbos. Por cierto que oí decir que traspasaban el aguaducho.

– Así es: Pardo el dueño del puesto va á América. Ya he hablado con él, y si tú quieres se le tomo para ti. El traspaso es algo caro: cien duros; pero los vale: me he enterado bien.

El ciego no acertaba á hablar de sorpresa y de agradecimiento.

– ¡Vaya! ¿Te conviene el oficio?, preguntó el librero.

Inútil será decir que *Tanasio* aceptó el ofrecimiento deshaciéndose en protestas de gratitud. D. Basilio, después de pagado el traspaso, que era con enseres y todo, dió á aquél quince duros para la instalación, y hecho esto exhaló un suspiro de satisfacción. Estaba contento de sí propio. En el viaje del ciego y su hija á Sevilla, en el pago de hospedaje de éstos, en las medicinas necesarias para la curación de *Tanasio*, en dos cajones de cigarros habanos que regaló al oculista inglés, que había hecho *gratis* la cura, y en el traspaso y toma de posesión del aguaducho, el honrado de D. Basilio había empleado íntegros los cinco mil y pico de reales, que según promesa mental correspondían al ciego del premio de la lotería Por eso estaba contento de sí mismo, y el primer día de fiesta que fué á oir misa á la catedral, se encaró con la Virgen de la Concepción de Montañés, de la que era especial devoto, como diciéndola:

– ¿Qué tal, gran señora?

D. Basilio daba á la Virgen el mismo tratamiento que el catecismo de Ripalda. Y parecióle que la santa imagen, mirándole cariñosamente le contestaba:

«Muy bien, Basilito: eres un hombre de palabra, estoy satisfecha de ti.»

Porque los buenos cristianos somos así; creemos que Dios y toda la Corte celestial se ocupan de nuestras menudencias.

En cuanto á Doña Jesusa, la señora del librero, era una buena mujer que dejaba hacer á su marido y no se metía en nada. Con comer bien (como comía) y con poder revolverse á sus anchas en la amplia tienda y trastienda de la librería estaba satisfecha.

Engolosinado con el premio de lotería que había cobrado de *bobilis, bobilis*, D. Basilio jugaba á aquélla frecuentemente, pero jamás volvió á tocarle ni un mínimo premio de treinta pesetas. En la librería le iba medianamenre, es decir, que le producía para vivir con holgura, pero no para ahorrar ni un céntimo. Durante algún tiempo creyóse desgraciado; pero luego, renunciando á sus sueños de fortuna, se resignó, dándose por satisfecho con poder sacar adelante á su único hijo Juan y hacerle hombre.

En cuanto al ex ciego *Tanasio* (ahora Sr. Atanasio), parecía que una hada benéfica habíale tocado con su varita encantada. Todo le salía bien. El aguaducho de la plaza del Triunfo era una mina y el sitio predilecto de la marinería del río y de las simpáticas cigarreras que iban ó venían de la fábrica. Atanasio era el genio de los confites y el rey de los higos chumbos (en su tiempo). Hallábase en su establecimiento como el pez en el agua, y si él tenía fama de limpio y obsequioso, su niña Rafaela era una maravilla de gracia y donosura. Ella atendía á todo como una mujercita, aunque algunas veces se distraía jugando (como en Cádiz en la plaza de Las Barquillas de Lope) con Juanito, el vástago del librero, que iba con frecuencia al aguaducho á hartarse de panales y golosinas.

VI

Transcurrieron catorce años.

Debo dejar este párrafo aparte como en las novelas por entregas.

Cuando se lleva una vida tranquila, sin grandes vaivenes de fortuna y con las sosegadas pasiones que prescriben la moral y la higiene, el tiempo pasa con rapidez, y cuando los que nos hallamos en este estado de sosiego recordamos algún incidente lejano, solemos decirnos: «Me parece que fué ayer.»

En este caso se hallaban D. Basilio el librero de la calle de Génova y su digna esposa Doña Jesusa. En la parte física habían cambiado algo, como es natural, y algo más en la moral, no por causa de ellos, sino por la de su hijo Juanito. En otros tiempos, éste hubiérase dedicado tranquilamente á la ocupación de su padre, la cual sin quebraderos de cabeza le aseguraba el pan nuestro de cada día; pero ¡vayan ustedes á sujetar la imaginación de la juventud del segundo período del siglo XIX! Desde que empezó á piñonear el muchacho salió ambiciosillo y travieso, no se avenía al limbo de la librería de su padre, no quiso seguir carrera alguna bajo el pretexto de que no podía sujetar su imaginación al estudio rutinario, y se dedicó á periodista y político con ribetes de literato.

Su bello ideal era presidir el Congreso de los diputados en una situación avanzada, y á fuerza de machacar convenció á sus padres de que para obtener este resultado érale preciso residir en Madrid. D. Basilio en su fuero interno estaba orgulloso de las levantadas ideas de su hijo, y consintió pasarle en la corte una modesta mensualidad. Con esta base Juanito hizo en Madrid lo que todos los jóvenes despabilados. Colaboró en periódicos, dió conferencias en el Ateneo é hízose amigo del jefe de un partido político importante.

Cuando vuelvo á presentarle al lector, á los diez y nueve años de edad, esperaba no sin cierta impaciencia á que los suyos subieran al poder. Iba á Sevilla un par de veces al año, en el tiempo de la feria y al principio de otoño, antes de que se abrieran las Cortes, y entonces y sólo entonces, cuando se hallaba algo más fresco de sus ardores políticos y ambiciosos, ocupábase someramente del ramo de mujeres.

D. Basilio también había vuelto á hacerse ambicioso por causa de su hijo, y jugaba con encarnizamiento á la lotería, pero en balde: la fortuna le volvía la espalda, y veíase precisado á vegetar en la modesta holgura de su librería.

Son mucho cuento los caprichos de la fortuna simbolizados en la lotería. A D. Basilio no le tocaba ésta nunca y al ex ciego *Tanasio* le tocaron catorce premios en los catorce años que he indicado. Primeramente fueron premios de escasa cuantía, hasta que en una de las extracciones de desagravio de Navidad pescó uno de ciento cincuenta mil pesetas. Y con esto, caten ustedes á *don* Atanasio hecho un hombre. Conservó por agradecimiento el aguaducho de la plaza del Triunfo, poniendo al frente á una persona de confianza; pero él dedicóse á negocios y su preciosa hija Rafaela á hacerse una perfecta señorita.



Exposición Universal de Chicago. – Pabellón de la sección de minas

Los negocios de *don* Atanasio (todos limpios, por supuesto) prosperaron, y en cuatro ó cinco años llegó á la envidiable categoría de millonario. Compró entre otras cosas una gran casa en la calle de Triana y un cortijo y huerta en el pueblo de Brenes, que le producían un dineral de renta, y sin embargo, Rafaelita, la mimada hija del ex ciego, que era una muchacha con toda la gracia gaditana, que ponía el



DESPUÉS DEL BAILE, cuadro de Conrado Kiesel



TRABAJOS EN EL TÍBER, cuadro de Enrique Serra. (Expuesto en la Exposición de Berlín del presente año y adquirido por S. M. el Emperador de Alemania.)

mingo en Sevilla en cuanto á vestir, que tenía un coche de ciudad y otro de colleras y que se veía *oseada* por jóvenes guapos y finos, estaba triste, pensativa y como desmadejada.

¿Por qué?

Lo diré en párrafo aparte, que bien lo merece.

VII

Son sensibibidades casi exclusivas de niñas y muchachas provincianas, casi desconocidas en Madrid, desde que se lee á Zola y á otros descreídos de corazón. Desde que Rafaela, cuando servía de lazarillo á su padre, jugaba algunos ratos con el niño Juanito á la puerta de la librería-chiribitil de la plaza de Las Barquillas de Lope, concibió infantil inclinación hacia aquél, que fué en el transcurso de los años convirtiéndose en pasión profunda y arraigada. Ni de niño ni de joven lo merecía el hijo del librero: de niño por llorón y díscolo, y de joven por fatuo, pretencioso y no bien encarado.

Pero las mujeres son como las gallinas, que pican... lo que no debían picar, y Rafaelita, que desde polluela fué un modelo de gentileza y no se daba mano á contestar á piropos y pretensiones, sólo pensaba en Juanito, el contrahecho y gomoso periodista, que sólo se dignaba verla de vez en cuando y que apenas si se fijaba en ella.

Rafaela, que era celebrada en Sevilla por su hermosura y elegancia, le comía con los ojos, que eran dos luceros, y no obstante él cuando oía hablar de ella hacía una mueca desdeñosa.

¿Qué querría aquel mamarracho? Pues nada: sencillamente la presidencia del Congreso de diputados.

He aquí las consecuencias de la civilización: los jóvenes de veinte años escasos, como era Juanito, que sólo debían pensar en *tejer danzas* con las muchachas, como los pastores de Florián, ahora sólo piensan en gobernar el país como si fuese la cosa más sencilla del mundo.

Lo cierto es que Rafaelita, la perla de Sevilla, íbase quedando flacucha, desmejorada y desanimada. Sentía por el hijo del librero *pasión de ánimo* afección tan rara en estos tiempos como la antigua *elefanthiosis* de los árabes. Afortunadamente sucedió que Dios iluminó el cerebro de D. Basilio, cosa que no acostumbraba á hacer, para aprovechar una ocasión.

Fué esta la venida á Sevilla de su pretencioso vástago Juanito un mes de junio, poco después de cerrarse los parlamentos. Había escrito en *El Ministril* un violento artículo de oposición titulado *Faenas inútiles*, y volvía á la librería paterna con un humor de todos los diablos. Aspiraba á la presidencia del Congreso y no había conseguido ni siquiera ser diputado.

– Es imposible, padre, dijo al autor de sus días, por más cualidades que se tengan, es imposible llegar á nada faltando la posición ó fortuna.

– Eso me lo tengo yo calado hace tiempo, observó el librero; pero no he querido decirte nada por no contrariarte. Has equivocado el camino.

– ¿Por qué?

– Porque antes de la posición debías haber buscado la fortuna.

– ¿Cómo?

– Sencillamente; casándote con una mujer rica.

– ¡Ay, padre! Ese género anda por las nubes...

– Con tu ligereza, con tus cualidades..

Juanito no era pretencioso en lo tocante al físico, así es que contestó al chocho del librero:

– Ya no existen mujeres ricas que se enamoren de esas cosas; si siquiera hubiera llegado á ser un diputado...

– ¿Cómo que no existen?, replicó D. Basilio. Por lo menos sé de una que sólo está esperando á que la hagas la seña del tres.

El librero, inspirado por el cariño paternal, había visto más claro que su obtuso hijo. Este, que no lo fué tanto en aquella ocasión, comenzó á pensar en lo que le convenía y reparó en los buenos ojos y blancas manos gaditanas de Rafaela, la enamorada hija del millonario D. Atanasio.

Consecuencias:

En la actualidad, Juanito es el Exmo. Sr. D. Juan Alberto Mochales; que tiene no sé qué gran cruz, ha sido padre de la patria dos veces y el mejor día será abuelo, ingresando en el Senado. Su esposa Doña Rafaela Pérez de Mochales con el matrimonio se ha curado de su pasión de ánimo. Ignoro si es feliz, á pesar de los ataques de reuma que suelen aquejarla; pero me consta, porque se dice en la prensa, que es una de las estrellas de los salones de Madrid.

El verídico, aunque desaliñado relato que acabo de hacer, contiene una máxima y una moraleja.

La máxima es esta:

Juega á la lotería nacional,
Aunque esto salga casi siempre mal.

La moraleja es la siguiente:

Cumple siempre las promesas que te hagas á ti mismo ó á los demás, y te verás recompensado en tus hijos y tal vez en tus nietos.

F. MORENO GODINO

NUESTROS GRABADOS

El brindis, copia de una fotografía de don Rafael Areñas. – No se trata de una belleza concebida por la imaginación del artista ni de uno de esos tipos que más que copia de un modelo determinado vienen á compendiar en uno solo los rasgos salientes de varios individuos aisladamente estudiados; trátase, por el contrario, de una reproducción fotográfica, es decir, de la expresión de la verdad directamente obtenida, con lo que si la obra desmerece un tanto desde el punto de vista de los altos fines artísticos, en cambio gana no poco la persona que sin necesidad de embellecimientos artificiales ha podido, tal cual es, ofrecer al objetivo del aparato fotográfico materia para un verdadero cuadro, como el que la fotografía tan hábilmente hecha por el señor Areñas por sí sola constituye. La belleza y la gracia de las muchachas andaluzas que tantas veces hemos celebrado reproducidas en obras pictóricas, se nos presenta aquí llena de vida, con todo el colorido de la realidad, y á su vista preciso es confesar que en éste, como en otros muchos puntos, da la naturaleza quince y raya á los artistas, y que al lado de sus obras palidecen, en cierto modo, las creaciones del hombre, dignas de elogio cuando á lo natural se acercan, pero nunca tan perfectas y tan acabadas como las que de aquélla salen.

***

Retrato de Madame Bonnemain y tumba en donde ésta enterrada en el cementerio de Bruselas y donde se suicidió el general Boulanger. – El hombre que en un momento dado llegó á ser la personalidad más popular de Francia, el que pudo ser considerado como una esperanza positiva para el día de la revancha, el que pareció un tiempo ser árbitro de los destinos de su patria, puso fin á su vida ni más ni menos que hubiera podido hacerlo el protagonista de una de esas novelas románticas que tan de moda estuvieron á mediados de este siglo. No hemos de entrar en detalles acerca de este suicidio, porque harto los han reproducido todos los periódicos del mundo: sabido es que desde la muerte de Mme. Bonnemain, el general se sintió invadido de profunda melancolía que nada bastaba á disipar, é intentó varias veces darse muerte, cosa que oportunamente pudieron evitar sus allegados. En la mañana del día 30 de septiembre último fué, como de costumbre, al cementerio de Ixelles á depositar un ramo de flores sobre el sepulcro de la mujer á quien tanto amara y cuyo recuerdo no podía apartar de su pensamiento, y después de contemplar largo rato la losa que cubría el sepulcro, sentóse en el suelo, recostóse en el pedestal del monumento y disparó sobre su sien derecha el revólver cuya bala salió por la izquierda produciéndole instantánea muerte.

En la cara posterior de la tumba de Mme. Bonnemain había hecho poner el general una inscripción donde se consignaban la fecha del nacimiento y la de la muerte de aquélla; en la principal mandó grabar estas dos palabras: *¡Hasta pronto!* Boulanger cumplió la promesa que esto significaba: Margarita Bonnemain murió á la edad de treinta y cinco años, el 15 de julio, y á los dos meses y medio se suicidaba junto á su sepulcro el que por ella había sacrificado su porvenir militar y su popularidad política.

***

Los primeros fríos, cuadro de Davidson Knowles. – ¡Cuán distintas impresiones los primeros fríos producen! «¡Benditos sean!,» dicen aquellos que á su solo anuncio ven desarrollarse ante sus ojos un panorama de notas alegres donde se confunden los trajes lujosos, las habitaciones confortables, los trenes espléndidos, los teatros deslumbradores y las recepciones brillantes. «¡Malditos!» si es que fuerza para maldecir tienen, exclaman los desdichados para quienes la primera helada es tétrica mensajera de horrores y miserias y en cuya imaginación surgen anticipados, pero con todo el relieve de la realidad recordada ó presentida, los cuadros sombríos de una vivienda destartalada, de un hogar sin lumbre y de unos seres queridos que perecen de frío y de hambre sin que basten á resguardarles del uno ni á aplacar el otro los harapos y el mendrugo de pan que pueda proporcionarles el trabajo y á falta de éste la caridad.

¡Qué alegre es el invierno para los primeros; para los otros cuán desesperante!

La dama tan admirablemente pintada por el reputado artista inglés Davidson Knowles, cuéntase en el número de los privilegiados; envuelta en ricas pieles y elegantes vestiduras que no ofrecen intersticio alguno por donde el aire helado llegue al cuerpo, espérala sin duda el abrigado coche que ha de conducirla á su morada, fortaleza inexpugnable donde el frío del exterior no penetra, ¡Feliz ella que no conoce del invierno sino las alegrías! ¡Más feliz aún si conociendo sus tristezas su corazón la mueve á remediarlas!

***

Exposición Universal de Chicago. – En el número 410 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos extensamente de esta fiesta colosal que en conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América prepara la capital norte-americana. Hoy nuestra tarea se reduce á describir someramente algunos edificios que han de formar parte de la misma, junto con los que ya entonces describimos y con los que iremos publicando en otros números.

El edificio de la sección de minería tendrá 700 pies de largo por 350 de ancho y 65 de alto; tendrá una entrada á cada lado además, de las principales, abiertas en las fachadas Norte y Sur. Esta última será de colosales dimensiones (110 pies de alto por 32 de ancho) y dará acceso á un vestíbulo de 88 pies de altura. En cada ángulo del edificio habrá un pabellón coronado por una cúpula rodeada por un balcón circular.

El pabellón de la Pesca y pesquerías es de estilo hispano-romano y formará agradable contraste con el estilo en cierto modo clásico de los otros edificios: su longitud máxima es de 1.100 pies y su anchura de 200. Dividido en tres secciones, en la central se expondrán todo lo relativo á la pesca en general y las otras dos serán destinadas á la pesca con caña y al aquarium. Este pabellón será de fijo uno de los que más interés despertarán en los visitantes de la Exposición por la variedad de curiosas instalaciones que en él se proyectan.

Del paballón de Horticultura, cuya entrada principal reproducimos, ya hablamos detalladamente en el citado número, cuando publicamos la vista general del edificio.

La galería de máquinas tendrá 850 pies de largo por 500 de ancho y en su interior presentará el aspecto de tres grandes estaciones de ferrocarril, una al lado de otra: en cada una de ellas habrá una grúa colosal movible colocada en lo alto para mover las máquinas y las plataformas en donde se colocarán los visitantes que quieran ver esta sección lo más cómodamente posible. Todo funcionará allí por medio del vapor. Una columnata pondrá en comunicación esta galería con el palacio de la Agricultura. Dados los adelantos que cada día registran los anales de la ciencia del ingeniero, no es aventurado asegurar que en esta sección podrán admirar verdaderas maravillas y contemplar sorprendentes aparatos los que tengan oídos á prueba de estrépitos; pero de fijo que no todos los que allí acudan podrán resistir el espantoso ruido que han de producir tantas máquinas funcionando á la vez dentro de aquel recinto.

***

Después del baile, cuadro de Conrado Kiesel. – Este pintor goza de especial renombre en el mundo del arte y de que tal fama no es injustificada habrán podido convencerse nuestros lectores por las obras de su pincel salidas, *Yum-Yum* y *Elena*, que ha reproducido LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA en sus números 389 y 460.

La hermosa figura que hoy publicamos es por su expresión, por su dibujo correcto y por su bien entendido claroboscuro una nueva demostración de que en su género pocos aventajan al artista alemán, y viene á aumentar con un ejemplar de gran valía la colección de bellezas femeninas que éste se ha propuesto formar, dando con ello pruebas de exquisito gusto.

***

Trabajos en el Tíber, cuadro de Enrique Serra, adquirido por el emperador de Alemania. – Pocos números hace, un distinguido crítico trazaba en las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA un juicio tan justo como favorable de la personalidad de nuestro distinguido paisano, considerándola desde el punto de vista artístico. Ni á lo que entonces dijo Federico Rahola, ni á lo que en repetidas ocasiones hemos apuntado acerca de las obras de Serra en este periódico publicadas, hemos de añadir nada con motivo del cuadro que hoy reproducimos. Cuantos elogios pudiéramos hacer del autor hechos están en nuestras páginas; cuantas alabanzas nos fuera dable prodigar á *Trabajos en el Tíber*, huelgan teniendo el cuadro á la vista; éste se alaba por sí solo, *no es menester alaballo.*

Esta obra, modelo de naturalidad y prodigio de ejecución, fué extraordinariamente admirada en la última Exposición Internacional Artística de Berlín, y adquirida por el soberano alemán, que si atiende con especial cariño á las cosas de la guerra, no por eso descuida el fomento de las bellas artes, cuyo florecimiento es uno de los más preciados beneficios de la paz.

***

El japonés Morimoto, célebre por sus muecas extraordinarias. – Los japoneses muestran afición extremada á las muecas y deformaciones del rostro, siendo este gusto extraño un indicio del amor á lo grotesco, de que dan muestras en todas las manifestaciones de su arte.

Existe en la ciudad de Kioto una calle entera consagrada á teatros, cafés cantantes y barracones de saltimbanquis de todo género. En uno de estos últimos lucía, no hace mucho, sus habilidades un tal Morimoto, cuya especialidad consistía en hacer muecas verdaderamente sorprendentes; este sujeto dislocaba los nervios de su cara de una manera espantosa, haciendo subir sus labios inferiores y su barba de tal modo que cubría con ellos la punta de su nariz, ocultando su boca entre los pliegues de las mejillas, ejecutando, en suma, los visajes más inverosímiles.

Entre los ejercicios más aplaudidos por el público que asistía á sus representaciones figuraba el de representar, envuelto en un gran paño encarnado y agachándose hasta esconder sus piernas, al dios *Daruma*, el más popular del Japón, de quien dice la leyenda que vivía entre montañas en la mayor austeridad y andaba siempre hasta el punto de que se le gastaron poco á poco las piernas por el uso continuo que de ellas hacía. Otro de sus grandes éxitos lo conseguía presentando la cara del dios de la Riqueza, alegre, cuando cree encontrar un tesoro y descontento cuando su ilusión se trueca en desencanto.

La figura 1.ª de nuestro grabado representa á Morimoto con su cara natural, la 2.ª y la 3.ª al dios de la Riqueza en sus dos distintos estados y la 4.ª al dios *Daruma*. Todas están tomadas de fotografías, que costó no poco trabajo obtener, no porque el célebre japonés no se prestara á retratarse, sino porque su afición al licor llamado *saké* le ponía en tal estado que era imposible llevarlo á casa del fotógrafo.



El cadáver fué colocado en unas angarillas

GARDINETA

POR ANTONIO ALBALAT. – ILUSTRACIONES DE MONTENARD

Hacía ya una semana que Simón había desaparecido, sin que se pudiera saber si estaba vivo ó muerto; inútil fué recorrer los bosques, explorar las montañas y tallares, pues en ninguna parte se le encontró. En todas las granjas del caserío de Ingardín este incidente contristaba á las buenas campesinas, que se comunicaban sus impresiones por la noche al débil resplandor de las estrellas, cuando salían á tomar el fresco á las puertas de sus casas. ¡Qué gallardo mancebo era el tal Simón! ¡Este sí que tenía talla para defenderse! Amado por su buen carácter, muy conocido en el país, vencedor en todas las fiestas y festejado por las muchachas, habíasele visto salir cierta mañana para ir á vender sus carneros á la feria de Barjols; volvió por la noche con su dinero, y al día siguiente ya no se le vió más. ¿Fué víctima de algún ladrón, ó habría huído después de hacer una calaverada? Sin embargo, un mozo de su temple se hubiera defendido, y sabíase que era incapaz de robar á nadie.

En esas hermosas noches de Provenza, á la luz de la luna, cuyos rayos melancólicos iluminaban la campiña azul, las mujeres se referían, mientras sacaban agua de los pozos, los amores de Simón con Gardineta, hija del anciano Tomás. Tanto y tanto había hecho este viejo avaro para impedir el matrimonio que le desagradaba en extremo, que cierto día su hija rompió con Simón, después de haber descubierto que tenía relaciones con una cabrera de la granja. Sin perder tiempo, el padre prometió ceder la mano de Gardineta á un mancebo rico de la vecindad llamado Juan, que la joven adoró muy pronto con una de esas ternuras que nacen del despecho y que tanto se parecen al verdadero amor. Este Juan tenía un padrastro rico, el cual debía dejarle toda su fortuna. Ahora bien: precisamente en el momento en que debía quedar concertado el enlace, hete aquí que Simón, el primer enamorado de Gardineta, abandonó el país. ¿Sería una casualidad, ó marchó para no presenciar el matrimonio? Los campesinos no lo creían; pero las mujeres se encogían de hombros, mientras retiraban las sillas para entrar en sus casas y acostarse, después de sus largas conversaciones nocturnas, en las cuales no se hablaba de otra cosa...

Cierta mañana, el pequeño Chois, que guardaba los pavos á la entrada del caserío, llegó corriendo como un loco, seguido de sus aves y gritando á voz en cuello:

–¡He visto á Simón... allá abajo, en el pantano!...

Las mujeres salían de sus casas uniendo las manos en ademán de súplica; los hombres abandonaron el campo, y buscando cuerdas y horquillas, acudieron todos tumultuosamente al pantano, que era una especie de pudridero donde se arrojaba el estiércol; apartaron el ramaje que cubría la superficie, y en el mismo instante resonó un grito de horror al ver dos grandes zapatos y una blusa azul flotando en el agua. ¡Pobre Simón! Buscábanle muy lejos, y todos los días al volver del trabajo pasaban junto á él sin verle. Horrible fué la operación de extraer el cadáver del pantano en aquel día de calor sofocante: la mandíbula inferior estaba rota, la boca desfigurada, la piel tenía un color violáceo y en medio de la frente veíase un orificio; los brazos, extendidos del todo, parecían los de un maniquí; una nube de moscas zumbaba alrededor de la cabeza, y los ojos, abiertos, estaban blancos como los de un ciego.

No fué cosa fácil sacar el cuerpo de allí; y las mujeres retrocedieron, poseídas de espanto, mirando desde lejos la horrible operación; el cadáver fué colocado en unas angarillas, lúgubres por demás en aquel brillante día de verano, cuyo calor hacía sudar á los portadores. El sol iluminaba de lleno las facciones desfiguradas del asesinado, que tenía la cabeza echada hacia atrás, los brazos rígidos y el cabello impregnado de sangre; el agua y el cieno goteaban de sus ropas; el vientre se había hinchado, y el cuerpo exhalaba un hedor insoportable que el viento de las montañas mezclaba con el perfume de la retama y de los trigos maduros.

Este drama aterrorizó á las doce familias que constituían la escasa población de Ingardín, donde jamás se había cometido ningún crimen. El cadáver se dejó durante la noche en un cobertizo, donde le velaban solamente las langostas y los grillos, sirviendo de oración fúnebre el grito de los mochuelos ocultos en las encinas. Aquella noche no hablaron las mujeres debajo de los árboles; trastornadas por la presencia del muerto, las campesinas se acostaron muy temprano, sin que nadie osase abrir la puerta de su casa; las ventanas permanecieron cerradas, y hasta que rayó la aurora las jóvenes se estremecieron en su lecho al oir á los perros ladrar delante del cobertizo. Gardineta, que á pesar de la prohibición de su padre fué á ver el cadáver durante el día, volvió anegada en llanto, y cuando entró en su aposento y pensó que había amado con todo corazón al difunto, no pudo contener sus lágrimas en largo rato. Juan, su novio, fué el único que se mostró insensible; comió con la mejor gana, según costumbre; y Gavot, su mozo de labranza, dijo que se había alegrado al parecer cuando se le anunció la muerte de Simón, cual si hubiese tenido á dicha verse libre de un rival por el que atormentaba de continuo á Gardineta. Su frialdad indignó á todo el mundo.

A la mañana siguiente, á eso de las cinco, la justicia llegó á Ingardín: de un carro con toldo, tirado por dos caballos, apeáronse delante del cobertizo, en medio de las mujeres y de los aldeanos reunidos, el juez instructor, señorón que vestía levita larga; el fiscal, miope y con patillas rubias; el médico, oficial de la Legión de honor, y por último un escribano, hombre pequeño con su correspondiente bastón y con los lentes ahumados. Cuatro gendarmes á caballo servían de escolta.

Acto continuo procedióse á las primeras averiguaciones con una calma que sorprendió á los buenos campesinos, y registrado el cadáver, encontróse sujeto con un alfiler en la camisa de la víctima un billete de cien pesetas, tan empapado en agua, que apenas se reconocía ya. Instruído el proceso verbal, se colocó el cadáver en una carreta para transportarlo á la ciudad vecina, y dióse principio á la información sin salir del cobertizo, pues el calor era insoportable en aquellas montañas. Los aldeanos permanecieron fuera, mudos y pensativos como siempre, con su pipa en la boca y esperando á que se les interrogase; las mujeres hablaban en voz baja, y todos parecían impresionados por aquella escena, sin comprender bien lo que de ellos se quería.

Algunos, cansados de fumar y escupir, volvieron á su trabajo. Cuando los gendarmes abrían la puerta para llamar á los testigos, oíase el canto monótono de las cigarras y se veían enfrente los pinares inundados de luz. Mientras el escribano hacía correr la pluma sobre el papel, el juez, con los codos apoyados en la mesa, interrogaba á los campesinos, confundiéndolos con tantas preguntas que ya no sabían qué contestar.

La vida de Simón, sus relaciones, su viaje, todo fué referido, comentado y consignado por escrito. El juez se rascaba la barba y tosía á cada instante con aire discreto; y al preguntar «¿de quién sospechan ustedes que haya podido venir el golpe?,» los aldeanos contestaron, encogiéndose de hombros, «seguramente no es ninguno del país, señor juez.» Uno de ellos se aventuró á decir: «Alguien habrá

seguido á Simón al volver de la feria, de donde traía dinero, y es muy posible que le hayan matado para robarle.» Pero el juez extrañaba que el asesino no hubiese encontrado el billete de Banco al registrar á su víctima; y por otra parte, ¿cómo podía creer el asesino que Simón, después de dormir en la aldea, en la noche de su vuelta, llevase aún el dinero consigo al día siguiente?

– ¿No tenía ningún enemigo en el país?, preguntó el juez.

Los campesinos se miraron sin responder, y al fin uno de ellos contestó:

– No, señor juez, pues no podría decirse que Juan fuera su enemigo porque estuviese celoso de él á causa de Gardineta.

– ¿Quién es ese Juan?, preguntó el magistrado. ¡Que vayan á buscarle!

El juez daba sus órdenes tranquilamente, como si se tratara de una mala inteligencia que se aclararía muy pronto.

– ¡Ah!, añadió, que venga también Gardineta... ¡Traedmela cuanto antes!...

Al entrar la joven, el escribano levantó la cabeza, el doctor se atusó el bigote, el fiscal guiñó los ojos y el juez tosió con interés; tanto les impresionó la maravillosa belleza de la joven: era una robusta campesina, cuyo corsé redondo apenas podía contener el seno; sus mejillas frescas y sonrosadas como las de una niña, rebosaban juventud; sus ojos eran grandes y negros, y sus pestañas largas y sedosas comunicaban la más dulce expresión á su mirada Un pañuelo pequeño, cruzado sobre el seno, permitía ver la parte superior de los hombros, y el sudor inundaba su frente, como el rocío un fruto maduro.

Con voz dulce y tímida, que contrastaba con su robustez, refirió lo que todo el mundo sabía, sus primeros amores con Simón, la oposición del padre, el rompimiento con aquél y sus desposorios con Juan, cuyos celos confesó.

– ¿Conque estaba celoso?, preguntó el juez.

– Sí, señor; pero es un buen muchacho, incapaz de hacer daño á nadie.

Gardineta extrañó que le hiciesen tantas preguntas.

– ¿Se encontró Juan alguna vez con Simón? ¿No hubo nunca ningún altercado entre ellos? ¿No habló jamás contra él? ¿Qué decía esta mañana?

Confundida por aquel tenaz interrogatorio, Gardineta se embrolló, contradíjose, y acabó por confesar que Juan tenía mala voluntad á Simón, pero que jamás le había buscado disputas, sabiendo muy bien que ella era una joven honrada.

Los gendarmes llegaron en aquel momento para decir que Juan había marchado á La Roque y no volvería hasta la noche.

El juez se mordió los labios, reflexionó, y resuelto á interrogar á Juan al día siguiente, dijo con indiferencia:

– Está bien; hubiera podido facilitar datos, mas prescindiremos de ellos.

Cuando aquellos señores volvieron á su coche, y mientras se alejaban seguidos de los gendarmes, que habían puesto sus caballos al galope, los campesinos con sus sombreros en la mano en actitud respetuosa contemplaron á los representantes de la ley hasta que se hubieron perdido de vista.

¡Qué día! Gardineta no durmió en toda la noche; en vez de acostarse, apoyóse de brazos en la ventana y observó las estrellas, buscando en la tranquilidad del cielo un poco de calma para su corazón perturbado. Parecíale estar viendo aún las facciones desfiguradas del muerto, su mandíbula rota, sus ojos en blanco y sus largos brazos rígidos. ¡Pobre Simón! La vida no había tenido nada bueno para él; era pobre, no le quisieron por esposo, y para colmo de desgracias le mataron Sin embargo, no era perverso ni odiaba á nadie; rehuía siempre las pendencias, y como todos los hombres fuertes y valerosos, no hacía aprecio ni trataba de vengarse de los que le molestaban. La joven recordaba la dulzura de su sonrisa cuando pasaba por delante de su puerta al volver de los prados, y ahora que Simón había muerto, imaginábase que su amor resucitaba. Perdonábale el haberla engañado; sentía haberse mostrado tan dura con él, y solamente pensaba en sus promesas, en sus juramentos, en aquel beso que se dieron detrás de la granja, cuando se hacía la recolección del heno, una tarde en que los rebaños salían para ir á pastar á la montaña.

Y todas estas reflexiones sobre cosas lejanas, produjéronle una tristeza profunda, una angustia irreparable que la oprimió el corazón, llenando poco á poco sus ojos de lágrimas. En aquel instante sintióse poseída de resentimiento contra Juan por no haberse mostrado más compasivo, por haber afectado ante la muerte una indiferencia celosa, como si la muerte no desarmara todos los odios. A causa de este rencor, su cariño á Juan disminuía, aumentando el que antes le inspirara el difunto, su primer amor; y trataba de comprender la tranquilidad de la tumba ante el silencio profundo que reinaba en las altas regiones y en las colinas iluminadas en aquel momento por los argentados rayos del astro de la noche.

El viento agitaba á intervalos ligeramente las hojas de los árboles, que producían entonces suave rumor; oíase por todas partes el grito monótono de los mochuelos; los murciélagos volaban por delante de la ventana; en el jardín maullaba un gato; y pensando que todo pasa, que todo se va, el amor, la vida, los dolores y las alegrías, la joven se arrodilló, y allí, ante el puro cielo, ese hermoso cielo de Dios, oró por el difunto.

«¡Dios mío!, murmuró. ¡Tened compasión de él! ¡Recibidlo en vuestro santo Paraíso!...»

. . . .

A la mañana siguiente, á eso de las cinco, el juez volvió para continuar la instrucción. Su primera diligencia fué enviar en busca de Juan, que se disponía á marchar al campo sin haber visto á Gardineta, cuyo pesar le irritaba. Como los labradores habían vuelto á su trabajo, no quedaban en el caserío más que las mujeres y algunos hombres, los cuales discutían delante del cobertizo donde se hallaban el juez y sus acompañantes.

Juan llegó con su azadón al hombro, y calado hasta las orejas su kepis militar (recuerdo del regimiento), dispuesto á esquivarse apenas terminara el enojoso interrogatorio. A las primeras palabras comprendió que no le sería posible conservar su serenidad; y del todo inocente, no había previsto la extraña complicación, las estrechas mallas de la red en que se hallaba cogido.

Después de oirle declarar que no sabía nada acerca del hecho, el juez, con su palabra benévola y su rigurosa tenacidad, dió principio al terrible interrogatorio.

– ¿Dónde estaba usted en la mañana del crimen?

– ¿En la mañana del crimen?...

– Sí.

– Había ido á trabajar, contestó Juan, después de pensar un momento.

– ¿A qué hora?

El interrogado calculó, dando vueltas á su kepis entre las manos.

– A las cinco, contestó al fin.

– ¿De dónde toma usted hora?

– De mi reloj.

– ¿Con cuál le regula usted?

– ¿Con cuál le regulo?

– Sí.

– Con el sol.

– El sol varía diariamente... ¿A qué hora regresó usted del campo? ¿Qué camino tomó? ¿Qué vió? ¿Iba solo? ¿Tiene usted testigos?

Juan se embrolló, resultando al fin de sus contestaciones que nadie le había visto trabajar.

– ¿Por qué se ocultó usted ayer y anteayer?, preguntó el juez.

– Tenía que hacer en La Roque.

– ¿Sobre qué asunto?

– Fuí á comprar una horquilla.

– ¿A casa de quién? ¡Que vayan á buscar la horquilla!

La contestación de Juan impidió la salida de los gendarmes.

– ¡Pues bien, no! dijo, no es verdad... no he comprado nada. Me marché por no estar aquí, porque no me hallaba á gusto, porque no vivía en buena inteligencia con Simón.

– ¿Era usted su enemigo, su rival? ¿Se alegró usted de su muerte?

Las preguntas se multiplicaban, rodeando á Juan como un círculo de hierro.

Desconcertado, inundada la frente de sudor y pendientes los brazos, contemplaba con expresión de extravío aquellos señores vestidos de levita y tranquilamente sentados; el temor á la justicia, tan arraigado en el campesino, le anudó la garganta, perturbóle el cerebro y ahogó sus frases. Pudo reconocer que se le creía culpable, y torpemente exasperado, perdiendo el tono de la inocencia en fuerza de su indignación, balbució con furor:

– No soy yo, ¿lo entiende usted?... ¡No soy yo quien le ha matado!

El juez prosiguió sin mirar al acusado y tosiendo discretamente:

– Usted ha dicho que se daba por muy contento de verse libre de él. ¿Es verdad?

Esto era una artimaña del juez, y Juan no vió el lazo que se le tendía.

– He podido decir eso, sí, replicó; pero sin malicia, sin pensar en mal.

Y blandiendo su kepis con ademán de cólera, añadió:

– Ese canalla de Gavot es quien ha chismeado; pero ya me la pagará.

– Id á buscar á Gavot, dijo el juez, haciendo una señal á los gendarmes.

Durante la ausencia de éstos, Juan acabó de enredarse cuando tuvo que detallar el empleo de sus horas, minuto por minuto, sus actos y sus idas y venidas, lo cual no era fácil, por repetirse á cada momento la misma frase:

– ¿Tiene usted testigos?

– ¿Testigos?

– Sí.

– ¿Para qué?

Juan no los tenía, ni se acordaba de cosa alguna; y aturdido al fin por aquel angustioso interrogatorio y la acumulación de pruebas, tropezaba á cada paso. Entonces pensó en huir; mas la puerta estaba guardada por los gendarmes, que recibieron orden de conducir al acusado al corral contiguo apenas llegase Gavot. El juez y sus acólitos se hablaban al oído, enjugándose de continuo la frente; tan sofocante era el calor en aquel cobertizo. Fuera de éste, un sol deslumbrador abrasaba la meseta de Ingardín, donde se oía resonar en un espacio inmenso el canto de las cigarras.

Gavot confirmó cuanto había dicho á los vecinos, asegurando que Juan repetía hacía un mes al hablar de Simón: «¡Es un canalla! Algún día le romperé la cabeza.» Justificada así la sospecha y demostrado que aquel inocente era culpable, el juez, deseoso de concluir cuanto antes, envió á buscar á Gardineta, muy inquieta ya por los rumores que circulaban.

– ¿Es usted la novia de Juan?, preguntóla.

– Sí, señor.

– Pues bien: nos le llevamos preso.

– ¿A Juan?

– Sí; él es quien ha dado muerte á Simón, contestó el juez. Vamos á dejar á ustedes solos un instante; procure hacerle declarar la verdad, y le hará un señalado favor, pues no hay otro medio de salvarle.

Se hizo entrar á Juan y dejáronle solo con la campesina en el cobertizo, cuya puerta vigilaba un gendarme, mientras el juez y su gente iban en busca de un coche para trasladar al preso.

La joven se colgó de su cuello sollozando.

– ¡Juan, se trata de perderte!... comenzó á decir.

Natural parecía este arranque, pues aquel hombre era su novio, su futuro, y amábale perdidamente desde que le acusaban de semejante crimen.

– ¡Dímelo todo, Juan, añadió; conmigo puedes ser franco... ¿No será eso verdad, eh? ¿No será verdad?...

Y estrechábale entre sus brazos con toda su fuerza, loca, suplicante, empinándose cuanto podía y fijando en él una mirada ansiosa.

– Pero ¿qué estás diciendo?, preguntó Juan, desprendiéndose de los brazos de la joven.

– ¡Júrame que no eres tú quien ha matado á Simón!

– No, no he sido yo, contestó Juan, jurando como un carretero; yo no he dado muerte á nadie...

– Pero ¿qué les has dicho para que crean que tú eres el asesino?

– ¡No lo sé... me han embrollado... son unos canallas!

Y alargó el brazo hacia la puerta con ademán amenazador.

– ¡Oh! Juan, continuó la joven, sería espantoso si hubieras hecho eso...

Juan la miró fruciendo las cejas, y otra vez se despertaron sus celos.

– Parece, dijo, que te contrista mucho que haya muerto, ¿eh? No soy yo quien ha dado el golpe; pero me alegro de esa muerte, puesto que á ti te contrista...

Sin escuchar más, la joven abrió la puerta, y desesperada y llorosa, con sus manos en ademán de súplica y acercándolas al rostro del magistrado, exclamó:

– ¡No es él, señor juez!... No le prenda usted... Yo le juro que no es él...

El juez y los suyos rechazaron con suavidad á Gardineta, y dirigiéronse á su coche; Juan, con su kepis encasquetado y completamente aturdido, dejóse conducir por los gendarmes, mientras las mujeres rodeaban á su novia, que sollozaba amargamente, sentada en una piedra.

En la vida de Juan nada autorizaba á sospechar de él, y al principio nadie le creyó culpable. Todos decían: «¡Le será fácil probar que no ha sido él!» pero cuando se le vió volver, cuando se supo que aún estaba en la cárcel y que sería juzgado dentro de tres meses, después de las vacaciones judiciales, produ-

jose una reacción en aquellos pesados cerebros de montañeses. Si la justicia no le dejaba en libertad, sus razones tendría para ello, y tal vez hubiera confesado su crimen. Sin embargo, averiguóse que persistió en su negativa; pero sin manifestar indignación, con una tenacidad serena; actitud que en concepto de todos le condenaba más, pues un inocente se rebela, grita y protesta.

«¡Pardiez!, exclamaban, él es quien cometió el crimen. ¿Quién ha de ser sino Juan? Entonces se recordaron hechos y súpose que se había batido con Simón. A medida que el tiempo pasaba hacíase más evidente para todo el mundo que Juan había matado á su rival por celos; y la misma Gardineta acabó por creerlo, al recordar cuánto la mortificaba por causa de Simón. Además de esto, no le perdonaba que se hubiera alegrado de la muerte de aquél, pues en su concepto, quien se regocijaba de un crimen es muy capaz de cometerle. En un principio compadeció á Juan, y después, al observar el desprecio que inspiraba, despreciόle también, fijándose otra vez su pensamiento en aquel á quien había rechazado en vida y que ahora despertaba de nuevo su cariño desde el fondo de la tumba. El asesinato cometido la privaba del placer de la venganza que hubiera tomado al casarse, y así es que su pasión por Juan apenas le parecía ya amor en comparación con el que experimentaba por el difunto. Cuando la decían algo sobre su novio, contestaba: «¡Infeliz, sus celos le han perdido!»

Y he aquí por qué de noche, aspirando el puro ambiente de los campos, Gardineta, que no meditaba nunca, prefiriendo el reposo después de las sanas fatigas del día, pensaba con tristeza en su mala suerte. Una fatalidad aniquilaba sus afecciones, hacía desgraciados á los que ella amaba, y jamás sería feliz. A fin de disipar su tristeza, el padre resolvió casarla cuanto antes, y como era muy linda y tenía dinero, no le faltaron partidos. Al cabo de un mes estaba prometida á otro.

***

Los campesinos esperaban la condena de Juan sin curiosidad, sin la menor impaciencia, con una seguridad absoluta, y á ninguno se le ocurrió que pudieran absolverle. Todos los días interrogaban á las personas que iban á la ciudad, y cuanto más tiempo transcurría sin recibir noticias, fortalecíase más la persuasión de los campesinos. Una tarde, al fin, cuando el cartero hizo su distribución, anunció que Juan había sido absuelto y dió los detalles publicados la víspera en los diarios. Nadie se extrañó; mas por la noche, cuando las familias entablaron sus conversaciones al dulce calor del primer fuego de noviembre, todos se dijeron: «No se le ha podido probar; á esto se reduce todo... Tiene suerte.» Y persistió la misma convicción de antes.

Juan llegó una mañana al rayar el alba, flaco, pálido, sonriendo con expresión estúpida, atontado por su larga prisión preventiva y los prolongados debates del tribunal. Los campesinos le dirigieron la palabra como si le hubiesen visto la víspera, y sin hablarle de su absolución, limitáronse á decir: «¡Hola! ¿Ya estás de vuelta?» Tampoco él habló nada, y al entrar en su casa supo que Gardineta estaba prometida á otro y que nadie creía en su inocencia. Sin embargo, no era él quien diera muerte á Simón; pero el verdadero asesino se había arreglado sin duda de modo que todas las pruebas recayeran en Juan. Al presentarse á su padrastro, éste le acogió bien, pero le dijo que en vista del mal estado de las cosechas debería buscar trabajo en la ciudad, advirtiéndole además que no debía contar ya con los bienes que le destinaba.



Solo, en medio de aquellas soledades, piensa en la mujer á quien ama

Juan no replicó y aceptólo todo sin murmurar. Hubiérase dicho que su carácter había cambiado y que una especie de fatalismo quebrantaba su resistencia y su energía. Careciendo de suficiente fortuna personal para vivir sin hacer nada, pidió trabajo, pero pasó largo tiempo sin que lo encontrara. No trató de luchar contra el desprecio, ni tenía fuerzas siquiera para justificarse; comprendía que se le rechazaba y condenaba y que estaba perdido para siempre. La imposibilidad de disculparse comunicóle al fin el aspecto de un criminal; avergonzóse de su desgracia como de un delito, é hízose salvaje y haragán. Pasaba horas enteras echado al pie de un árbol, sin hablar á nadie, con las manos debajo de la nuca y el sombrero sobre la cara.

Y era que, perdida para él Gardineta, nada le importaban ya las demás cosas de este mundo; había amado profundamente á la joven, aunque siempre celoso, con una adoración brutal y sincera, y cada vez que la encontraba ahora, veíasele temblar como una mujer y bajar la vista como un niño. Gardineta, sin embargo, no le tenía mala voluntad, porque no odiaba á nadie, y aquello le parecía un justo castigo. Habiendo deseado la muerte de Simón, ¿no era tan culpable como si le hubiese asesinado?

Todos pensaban que Juan abandonaría el país; mas no tuvo valor para ello: el campesino muere donde ha vivido. Alguno se compadeció al fin de él y confióle la custodia de sus rebaños, lo cual aceptó con regocijo, porque esta ocupación le permitía vivir solo, que eran sus deseos, y en su consecuencia, se hizo pastor y siguió siéndolo...

***

Todos los días se le encuentra conduciendo los rebaños á las montañas de Ingardín; él es quien á la hora del crepúsculo, de pie en una roca, azuza á los perros para que ladren y arroja piedras á los carneros que se desvían demasiado. De noche duerme á la claridad de las estrellas, al son errante de las campanillas, en los prados donde se filtran las corrientes cuando llueve. Bástale mirar la Osa Mayor para saber qué hora es; tiende lazos á la zorra, cobra primas cuando mata algunos lobos, conoce el grito de todos los animales y percibe los más leves rumores á través del viento; agrádanle los desfiladeros obscuros, la humedad del bosque y la claridad de las mesetas desiertas cuando la aurora despunta y los mochuelos ya no gritan. Su gran silueta negra se destaca como una aparición, iluminada por la suave claridad de la luna. Solo, en medio de aquellas soledades, piensa en la mujer á quien ama, perdida ya para él, y aun le parece verla junto á sí con otro rebaño. ¡Era tan linda, con sus hoyuelos en las mejillas; tenía tan negro el cabello, tan diminutos los pies y tan hermosos los hombros y el seno!...

Mientras vaga por las alturas, Juan reconoce el humo de la casa de Gardineta, así como los árboles de su patio, y se dice:

«¡Allí está, pero me ha olvidado; todo concluyó!...»

Cierta mañana, oculto entre los matorrales, observó que por el camino que conduce á la ciudad pasaban á la carrera varios vehículos llenos de gente que reía y gritaba; en uno de ellos iba una joven vestida de blanco y cubierta con un largo velo que flotaba sobre sus hombros; y ante aquel espectáculo, el pastor comenzó á llorar. Después fué en busca de su rebaño, con el cual se internó en la montaña; y nadie supo nunca que había ido á ver pasar la comitiva de boda de Gardineta

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUIL

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL AUDITORIUM DE CHICAGO

Una de las cosas que indudablemente más llamarán la atención en la próxima Exposición de Chicago será el *Auditorium*, monumento destinado á muchos usos, pero que debe ser considerado como teatro y, en su clase, uno de los más grandes del mundo. Los arquitectos americanos que le han construído no han perdido de vista la necesidad de conseguir un conjunto que tenga todas las condiciones exigibles en una explotación de primer orden, es decir, el lujo, la comodidad, la seguridad, la potencia de los efectos, el número de asientos puestos á la disposición del público y la relativa baratura de la ejecución.

La construcción del *Auditorium* se comenzó en 1885, y treinta y cinco meses después de empezada la obra quedaba concluída sin exceder los gastos á los desde un principio presupuestos. Aparte del precio de la adquisición del terreno, que ignoramos, no pasaron aquéllos de 15 millones de pesetas, habiendo podido la Compañía del *Auditorium* organizar con esta suma, relativamente moderada, dos explotaciones que rara vez van juntas. Su inmenso inmueble es la combinación de un gran hotel y de un teatro que recíprocamente se penetran.

El *Auditorium*, que forma un rectángulo de 120 por 60 metros, consta de diez pisos, á los cuales se sube por medio de trece ascensores: los tres inferiores son de piedra de paramento rústico con rebordes en las junturas verticales y horizontales y pilastras ó columnas de mármol en diversos sitios; los cuatro siguientes son de arco de medio punto y con cuatro vanos, y en cada uno de los tramos en ellos practicados hay otros dos arcos de medio punto que comprenden los pisos octavo y noveno: el piso décimo está formado por una columnata.

Posee, además, el edificio una torre cuadrada, casi de la misma altura que el cuerpo principal que, aunque parece un capricho del arquitecto, está destinada á la seguridad y á los órganos mecánicos de las dos explotaciones, pues contiene á la altura de 60 metros un gran depósito alimentado por dos bombas de vapor que arroja cada una más de un hectolitro de agua por minuto. Esta agua, con una presión de tres atmósferas por lo menos, hace funcionar la maquinaria de la escena, toda de hierro, y los trece ascensores que conducen á los pisos, y está distribuída con tal profusión, que ni los habitantes del hotel, ni los espectadores del teatro, ni el numeroso personal del escenario han de temer un incendio. El desarrollo de la tubería general es de 40 kilómetros. De estos tubos sólo una parte insignificante son para el gas, que se utiliza únicamente en algunos alumbrados accesorios y para algunos motores. En lo alto de la torre hay una torrecilla en donde se ha instalado el observatorio meteorológico del *Signal Office*, cuyos avisos se consideran como los mejores en punto á previsión del tiempo.

El alumbrado del *Auditorium* se compone de 10.000 lámparas eléctricas de incandescencia de 16 bujías cada una, alimentadas por 10 dinamos movidos por 10 máquinas de vapor. La importancia de los servicios eléctricos es tan grande, que la longitud de hilos ó cables con que cuenta el edificio es de 400 kilómetros: de ellos, unos sirven para la transmisión á distancia de la energía luminosa ó calorífica, otros para señales eléctricas, otros para telégrafos y teléfonos.

En la construcción del *Auditorium* han entrado 17 millones de ladrillos y 6.000 toneladas de hierro y de acero: la superficie de los pavimentos de madera es de 100.000 metros cuadrados. El edificio tiene 1.500 ventanas y 2.000 puertas.

El hotel, que comparte con el teatro la fachada principal y ocupa toda la de la avenida de la izquierda, tiene 400 habitaciones, algunas con salones, y

tiene, además del restaurant del piso bajo, varios comedores para los viajeros en el piso décimo, en donde hay el gran salón de la mesa redonda cuyo largo es de 60 metros. Hay también una sala de banquetes capaz para 500 cubiertos.

El teatro tiene 40 palcos, con sitio sólo para 200 personas y 1.442 butacas: esta desproporción obedece al deseo de dedicar el *Auditorium* especialmente á representaciones populares Por esto hay además tres anchas galerías, una con 1.432 asientos, otra con 437 y otra con 526. De suerte que pueden caber 4.037 personas en la sala. Esta está alumbrada por 3.500 lámparas incandescentes. El escenario, iluminado por 1.500, es inmenso: la distancia entre sus muros laterales es de 33 metros y su profundidad de 27: su altura total es de 26, de ellos 6 de foso. Cables de cáñamo solo se emplean para sostener los contrapesos destinados á facilitar la maniobra de levantar el telón, que pesa 16.000 kilogramos. Para todos los demás servicios se utilizan cables flexibles de acero, cuya longitud total es de 20 kilómetros.



El *Auditorium* de Chicago. – Fig. 1. Vista del edificio en conjunto



Fig. 2. Sección vertical del edificio

Las piezas principales de la maquinaria son un puente estrecho de acero de 3.500 kilogramos de peso que cruza el escenario cerca del telón y un marco de hierro para las decoraciones del fondo que pesa 6.000 kilogramos y está dividido en dos partes susceptibles de moverse separadamente. Sobre este marco hay un gran puente movible sobre las galerías laterales de la cimbra y un horizonte panorámico de 16 metros de altura por 100 de longitud, inmensa tela que se arrolla á un tambor y en la cual hay excelentes pinturas que representan al cielo en las diversas estaciones y en todas las condiciones atmosféricas. Añadiendo á esto el peso de todas las piezas que penden del telar, se llega á un peso de 100 000 kilogramos, que se maneja con sorprendente facilidad, gracias á la fuerza hidráulica que proporciona el depósito de la torre.

Además de algunos pistones horizontales para producir el movimiento del horizonte, del telón ordinario y del telón de hierro para los casos de incendio, hay diez y nueve piezas movidas por palancas colocadas todas á un mismo lado de la escena y á la disposición del jefe de la maquinaria. Estas piezas, que se manejan por medio de un juego de llave, comunican el movimiento á los puentes y á los escotillones del suelo del escenario y á las diversas partes del aparato general.

Las piezas movibles son muy numerosas: citaremos entre ellas cuatro grandes puentes, seis puentes pequeños y seis escotillones susceptibles de moverse verticalmente en un espacio de diez metros, cinco debajo y cinco encima de la escena. Gracias á esto se obtienen curiosos efectos cuando se quiere imitar las suaves ondulaciones de las olas en los hermosos días de primavera ó el desencadenamiento de una terrible tempestad de equinoccio.

Para los efectos fantasmagóricos se emplea la electricidad por medio de potentes combinaciones cuya descripción nos llevaría demasiado lejos: sirve también para la maniobra de los órganos que, en número de siete, toca un solo artista á pesar de estar situados en distintos puntos del edificio. El organista tiene además á su cuidado dos juegos de campanas. A la electricidad se ha recurrido asimismo para simplificar el teclado y poner en movimiento los tres fuelles necesarios para el funcionamiento de los cañones de los órganos.

Cualesquiera que sean los esfuerzos que hagan los organizadores de la Exposición de 1893, el *Auditorium* constituirá, como hemos dicho, una de las principales curiosidades de Chicago, y será un monumento característico de una ciudad que hace cincuenta años apenas tenía más que un tabernero establecido en un barracón de madera, en las cercanías del fuerte Dearborn, adonde los soldados de la guarnición iban á beber whisky y á fraternizar con los salvajes.

Las personas de gusto refinado que experimenten una mala impresión en presencia de un edificio compacto con una fachada de 120 metros sobre la calle del Congreso y otras dos fachadas más de 60 metros cada una sobre dos avenidas, puede decirse que no serán accionistas de la empresa que lo ha construído.

Hay que tener en cuenta que el *Auditorium* se ha levantado en un país en donde es desconocido el sistema de las subvenciones y en donde los directores del teatro quieren, sin verse precisados á declararse luego en quiebra, hacer oir en el teatro á la Patti y á cuantas estrellas brillan en el cielo del arte lírico, para lo cual necesitan poco menos que cubrirlas de oro.

EL DROMÓGRAFO DE M. DE LA ROULLE

Este aparato tiene por objeto reproducir gráficamente en un cuadrante de papel, debidamente graduado, todas las circunstancias del movimiento de una máquina cualquiera, locomotora, coche, velocípedo, etc.

Un movimiento de relojería pone en rotación uniforme al cuadrante; un estilete guiado por una corredera inmóvil se mueve á lo largo de un radio determinado gracias á un diente accionado directamente por el motor que se ha de estudiar. Si el motor está en reposo el estilete permanece inmóvil y traza en el cuadrante un arco de círculo: si el motor anda, el diente gira con una velocidad proporcional á la del motor, empuja el estilete y la curva se aleja del círculo tanto más rápidamente cuanto mayor es la velocidad. De este modo se obtiene un gráfico en coordinadas polares cuyas diferentes partes comprendidas en los sectores horarios sucesivos dan á conocer inmediatamente todas las fases del movimiento, indicando la inclinación de un elemento de la curva la velocidad en el instante correspondiente.

La fig. 1 representa el aparato. Un reloj dispuesto de modo que el movimiento arrastre la esfera, lleva debajo de ésta el diente CDE y el estilete S retenido por una corredera y apoyado en el diente por el muelle *r*.

Cuando el diente habrá andado de suerte que la línea AE venga á colocarse debajo de la corredera en AB, el estilete S será atraído vivamente por el muelle *r* trazando una caída según un radio hasta el círculo de origen, á partir del cual comenzará á describir una nueva curva. El número de caídas, en un período dado, indicará desde luego la marcha del motor.

El diente está unido á éste por medio de una biela con trinquete en comunicación con el árbol de la máquina ó con el eje de una rueda de un coche, si de máquina ó coche se trata, y recibe movimiento de un balancín oscilante, si el aparato ha de funcionar como podómetro; siendo de advertir que el dromógrafo puede ser empleado en esta última forma, no sólo á pie, sino también á caballo, en coche, en ferrocarril, colocándolo en el bolsillo del viajero ó en el collar del caballo ó en la portezuela del vagón.

La solución dada por M. de la Roulle á un problema que á todo el mundo interesa es, pues, tan general como elegante y sencilla. Cualquier reloj ó despertador puede de esta suerte ser transformado en dromógrafo.

Debemos añadir que el dromógrafo la Rulle ha sido ensayado en una locomotora del ferrocarril de las minas de Roche-la-Moliere y que ha señalado con tanta claridad como precisión todas las variaciones de la marcha, los cambios de velocidad, la duración de los períodos de marcha y de las paradas; en una palabra, todas las circunstancias del movimiento saltaban á la vista en el diagrama.

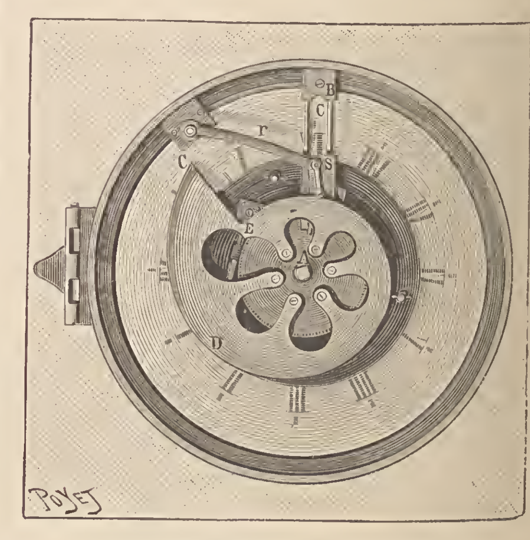


Fig. 1. El dromógrafo de M. de la Roulle

Un dromógrafo colocado en el ventilador del pozo de Bardot, en Saint-Etienne, funciona de una manera completamente satisfactoria desde hace muchos meses. El gráfico reproducido en la fig. 2 fué obtenido en los días 18 y 19 de marzo último: entonces el diente tenía un pequeño defecto que luego se ha salvado posteriormente.

La velocidad regular de la máquina, 94 golpes por minuto, corresponde á una recta inclinada de 23° sobre el radio. El papel trazado para doce horas podría servir también para veinticuatro y aun más.

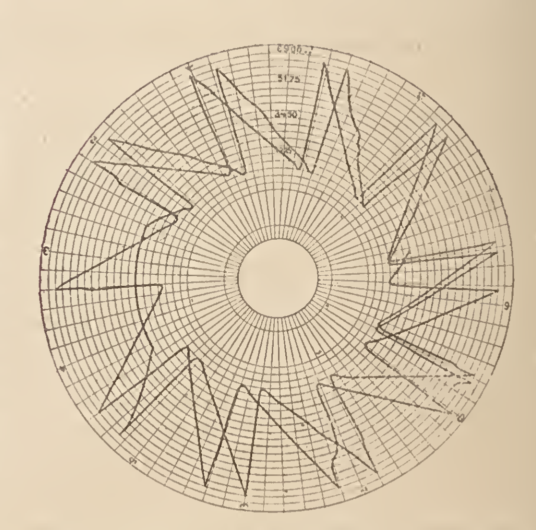


Fig. 2. facsímile del trazado obtenido con el dromógrafo de M. de la Roulle.

El dromógrafo de M. de la Roulle es un aparato interesante y sumamente práctico.

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

Salpicón, *por Mariano de Cavia.* – La vida cursi, *por Luis Taboada.* – Estos son los dos últimos volúmenes de la colección que con tanto éxito y aplauso de la gente de buen gusto edita en Madrid D. Fernando Fe. ¿Qué decir de estas nuevas obras? Sólo con enunciar sus títulos y los nombres de sus autores está hecho su elogio. Pudiendo disponer de mayor espacio, justo nos parecería emitir juicio detallado y prodigar á sus autores las alabanzas que se merecen; pero dentro de los límites de esta sección, ¿cómo ensalzar bastante á quien como Cavia ha sabido encontrar un género, si no en el fondo, en su procedimiento, completamente nuevo, que en un estilo siempre elegante, siempre culto y siempre castizo nos presenta las cuestiones más trascendentales tratadas con un donaire, una gracia y un caudal de erudición *verdad* que para sí quisieran muchos que pasan como maestros en la especialidad allende el Pirineo? Y de Taboada, ¿á qué hablar, si á su solo nombre asoma una sonrisa en los labios de cuantos se han regocijado con sus inimitables artículos, sonrisa que se convierte en alegre carcajada á poco que se recuerden sus incomparables incongruencias, sus chistes á granel prodigados y hasta los nombres de sus héroes y heroínas? *La vida cursi* descrita por Taboada resulta un *capo lavoro* de gracia y espíritu de observación, como el *Salpicón* servido por Mariano de Cavia sabe á exquisito manjar, substancioso como pocos y sazonado como ninguno.

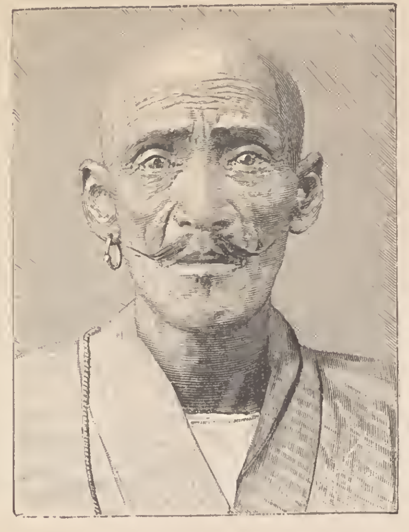
Y por si algo pudieran echar de menos los más exigentes, llevan ambos libros unas ilustraciones de Angel Pons que son como suyas y corresponden con el mérito del texto.

Estas obras se venden en las principales librerías al precio de 3'50 pesetas cada una, y todo el que quiera pasar más de un buen rato debe adquirirlas, en la seguridad de que valen más de lo que cuestan.

* * *

Entre el deber y la patria, novela histórica mexicana, *por D. Demetrio Mejía.* En agradable é interesante narración y enlazándolo con el episodio de unos desgraciados amores, describe el autor uno de los períodos de la lucha que la hoy Confederación mexicana sostuvo contra la dominación española á principios de este siglo: el sitio de Cuantla, donde se cubrió de gloria el caudillo que dió su nombre al estado de Morelos.

El libro, editado en México, forma un tomo de más de 500 páginas y contiene algunas láminas, entre ellas un plano de la ciudad y alrededores de la que en 1812 era Cuantla Amilpas y hoy es Cuantla Morelos, en donde están señalados los puntos que ocuparon las tropas españolas durante el asedio de la plaza.



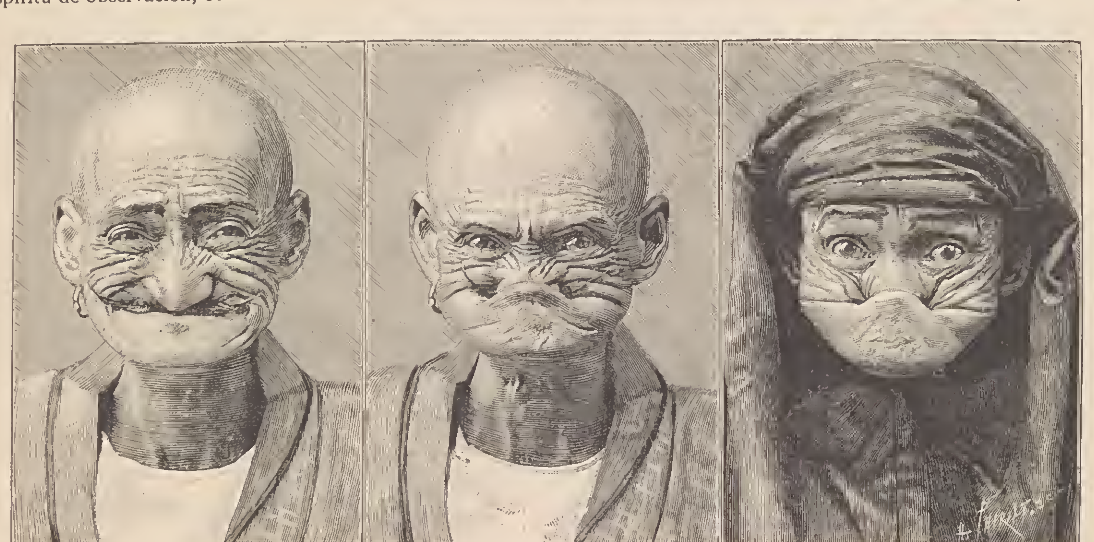


Fig 1 El japonés Morimoto, famoso por sus extraordinarias muecas.
Figs. 2 y 3. El dios de la Riqueza, alegre y descontento. - Fig. 4. El dios *Daruma*.
(De fotografías obtenidas en Kioto, Japón.)

* * *

Tratado de Química biológica, *por Ad. Wurtz, versión española con adiciones de D. Vicente Peset y Cervera.* – Se ha publicado el cuaderno 6.° de esta importantísima obra del ilustre profesor de las facultades de Ciencias y de Medicina de París, que con tanto éxito edita en Valencia D. Pascual Aguilar.

* * *

Bajo la parra, *por D. Salvador Rueda.* – El tomo 53 de la *Biblioteca selecta* que con tanta y tan justa aceptación publica en Valencia D. Pascual Aguilar contiene una colección de narraciones hermosas, como todo lo que sale de la pluma del brillante colorista D. Salvador Rueda, este castizo escritor, que siente y escribe con todo el fuego de un alma meridional, dando vida con su potente fantasía á los encantadores cuadros de costumbres andaluzas, bien emplee para ello la más amena prosa, bien se valga de sentida y deliciosa poesía.

Véndese en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, al precio de 2 reales.

* * *

Tratado de química biológica, *por Ad. Wurtz, versión española con adiciones de D. Vicente Peset y Cervera.* – Se ha publicado el cuaderno 7.° de esta obra que con extraordinario éxito publica en Valencia D. Pascual Aguilar y de cuya importancia nada hemos de decir porque es universalmente conocida.

Suscríbese al precio de una peseta el cuaderno en casa del editor, calle de Caballeros, número 1, Valencia, y en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

Imp. de Montaner y Simón



Año X — Barcelona 9 de noviembre de 1891 — Núm. 515

IMPRESIONES DE UNA BOLA DE BILLAR


1


2


3


4


5


6


7 8


9


10


11

PUBLICIDAD EN LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

Á partir del pasado mes de Abril, ha empezado á publicarse una nueva Sección de Anuncios en las páginas I, II, III, IV de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, como puede verse en el presente número.

Basta fijarse en el gran número de páginas destinadas para anuncios, que figuran en las Ilustraciones francesas, inglesas, alemanas, norteamericanas, polacas, austriacas, etc., etc., y el elevado precio á que se pagan (algunos á 4 y 5 francos línea corta) para quedar convencido de la importancia que revisten esta clase de anuncios.

La ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA es una publicación universalmente conocida, que circula principalmente entre las clases acomodadas y la buena sociedad española y americana, y cuya tirada, que es regularmente de

20,000 EJEMPLARES (más de UN MILLÓN de ejemplares cada año)

tiene que aumentarse todos los días por aumentar también el número de sus abonados.

Ofrecemos á nuestra clientela todos los medios de investigación necesarios para comprobar la exactitud de nuestra afirmación.

Exigiendo iguales justificantes á los demás periódicos, los señores anunciantes podrán convencerse de que la tirada de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA es, no solamente superior á la de las otras publicaciones ilustradas, sí que también á la de la mayor parte de nuestros periódicos diarios.

Nuestra Sección de Anuncios resulta, pues, un poderoso elemento de publicidad para el comercio, pues entre sus muchas ventajas tiene la de ser un anuncio para toda España, igualmente que para las Antillas y América del Sur, cuyos mercados son actualmente el punto de mira de la industria española.

Como bajo el punto de vista de su permanencia, los anuncios de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA surten todos los efectos de un anuncio diario, porque cada número es leído por varias personas permaneciendo muchos días á la vista antes de ser coleccionado y encuadernado, publicamos quincenalmente nuestra nueva Sección de Anuncios.

Dirigirse para estos anuncios á los Sres. CALVET y RIALP, Oficinas de Publicidad, Diputación, 358, bajos; BARCELONA

SE PUSO EN LA ALACENA

Qué trabajo es estar malo, especialmente durante mucho tiempo. Se cansa uno de que lo cuiden, de tomar esto ó lo otro, de creerse que está uno un poco mejor, de tomar precauciones para no empeorar. Se cansa uno de sufrir y empieza á creer que mientras más pron o lo entierren será mejor para uno y para los demás.

Hé aquí una historia, que ha contado hace poco una mujer.

(COPIA)

«Yo María Jones, 3, Galton Street, Great Howard Street, Liverpool, declaro lo siguiente:

»He padecido toda mi vida de debilidad de estómago y poca actividad del hígado. Siempre me sentía cansada y desanimada, sufriendo con frecuencia dolores de cabeza. Comía poco. Nunca sentía apetito y no hacía buenas digestiones. Siempre tenía mal gusto de boca, que estaba cubierta, así como los dientes, de una sustancia pegajosa, de tal manera que tenía que limpiarla antes de comer. Cuando joven era muy débil y me desmayaba al sentarme á comer. El corazón me temblaba, sentía el pecho oprimido, me dolían los costados y me daban unos mareos extraños. Al andar por la calle tenía que pararme á descansar por miedo de caerme. Estaba tan débil que tenía que abandonar el trabajo para sentarme á descansar. Algunas veces me daba tos con dolor en los pulmones. Había visto muchos médicos, que me habían estado curando más de doce años. Uno decía que tenía dilatación del hígado, otro enfermedad del corazón, otro que tenía congestión de los pulmones y no podía curarme. Creyendo que estaba tísica, fuí á un hospital especialista, en donde estuve algún tiempo. Los médicos al reconocerme el pecho me dijeron que estaba tísica y que tenía afectado el pulmón izquierdo. Me daban aceite de hígado de bacalao y otros medicamentos, sin que me pusiera mejor.

»En Julio de 1890, después de un desmayo, me puse tan mala que tuve que acostarme y estuve un mes bajo el cuidado de tres médicos. El primero que me vió dijo que no podía restablecerme. El estómago me dolía mucho y no podía hacerse funcionar, á pesar de varios medios que se intentaron. No podía tomar más que alimento líquido y me moría, considerándome incurable el médico y la enfermera. Por entonces Mr. Parry, el boticario de Great Howard Street, habló á mi marido de una medicina llamada Jarabe curativo de la Madre Seigel, y nos dieron también un libro que describía un caso como el mío, que había curado. Mi marido compró una botella de esta medicina y empecé á tomarla. Con unas cuantas dosis hice una deposición negra, que me produjo mucho alivio y al poco tiempo sentí ganas de comer. Cuando el médico vino al día siguiente notó en mí mucho cambio y me dijo: Señora, al fin hemos acertado con la medicina. Creyó que el cambio se debía á su medicina última, que por el contrario se había puesto en la alacena sin tocarla. Seguí con el Jarabe de la Madre Seigel y con gran alegría de mi padre, mi marido y la enfermera nunca volví atrás. Poco á poco me abandonó el dolor del corazón y del pecho y al cabo de catorce días pudieron llevarme á un puerto de mar y desde entonces gozo de buena salud.

»Nunca me he sentido mejor en toda mi vida qne ahora. Mis amigos consideran esta una cura milagrosa y deseo que otros sepan por qué medios se salvó mi vida. No tengo dificultad en que los Srs. A. J. White hagan el uso que gusten de esta declaración, para lo cual quedan autorizados.

»Fechado en 3 de Abril de 1891.

(Firmado) «MARY JONES.»

No hay milagro alguno en el restablecimiento de esta señora, aunque pudo ser, y efectivamente lo es, notable. Esto no es más que lo que siempre pasa en la naturaleza. Había padecido de indigestión toda la vida y de esto sólo procedían los demás padecimientos. No podía digerir y la ponzoña del estómago y falta de nutrición arruinaban toda la economía. El Jarabe de la Madre Seigel hizo su obra, llevándose la materia corrompida y haciendo funcionar naturalmente los órganos digestivos (hígado, estómago é intestinos). Como consecuencias necesarias siguieron inmediatamente mejoría y completo restablecimiento.

El lector debe notar especialmente la semejanza entre los síntomas de la indigestión crónica y los de la tísis, lo cual da lugar constantemente á equivocaciones muy lamentables. No debe creerse que está uno tísico en tanto que no esté seguro de que lo que tiene no es indigestión. Las probabilidades son de que se llegue á un resultado como el del caso de la señora Jones.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales. Frasquito, 8 rs.

EL SASTRE Y EL PALETO, *por Guillaume*



— Las tenemos de todas clases



2 — No hay mejor



3 — Le estará que ni pintado

(Continúa en la pág. IV)

(Véase la pág. III)

EL SASTRE Y EL PALETO, *por Guillaume*


4 — ¡Ni hecho á medida!


5 — Y abrochándolo bien.....


6 — Se lleva V. una prenda que solo hay que pedir

Tipografía LA ACADEMIA
Barcelona
Ronda de la Universidad, n.° 6